

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA
Tesis Licenciatura en Sociología

Los de arriba y los de abajo: mecanismos de segregación territorial, eficacia colectiva e inseguridad en el Balneario Pajas Blancas

Patricia Álvarez
Tutor: Sebastián Aguiar

2020

Contenido

RESUMEN.....	3
PRESENTACIÓN DEL TEMA.....	4
FUNDAMENTACIÓN DE LA IMPORTANCIA SOCIAL.....	6
FUNDAMENTACIÓN DE LA PERTINENCIA SOCIOLÓGICA.....	7
MARCO TEÓRICO	7
SEGREGACIÓN RESIDENCIAL.....	8
ESTABLECIDOS Y OUTSIDERS – SEGREGACIÓN EN CONTEXTOS LOCALES.....	10
VIDAS PRECARIAS Y CONTEXTOS DE EXCLUSIÓN	12
EFICACIA COLECTIVA.....	15
PREGUNTAS QUE SE BUSCAN RESPONDER EN ESTE TRABAJO	16
HIPÓTESIS	17
OBJETIVOS GENERALES Y ESPECÍFICOS	17
ANTECEDENTES Y ESTADO DEL ARTE	18
ESTRATEGIA DE INVESTIGACIÓN	25
ANÁLISIS.....	28
PERFIL SOCIODEMOGRÁFICO Y HABITUS	28
LOS DELITOS Y LA SENSACIÓN DE INSEGURIDAD EN EL BALNEARIO.....	31
REPRESENTACIONES Y LÍMITES.....	35
Representaciones de “los de arriba”	36
Representaciones de “los de abajo”	38
Víctimas y límites simbólicos	40
DIFERENTES GRADOS DE EFICACIA COLECTIVA	44
VIDAS PRECARIAS Y ESTADO DE EXCEPCIÓN.....	49
CONCLUSIONES.....	54
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	59
APÉNDICE	61

RESUMEN

Este trabajo aborda la segregación urbana. Para ello comienza haciendo un repaso de la importancia del concepto para la sociología y las diferentes miradas que aportaron al desarrollo del tema, desde la Escuela de Chicago con autores como Burgess y desde una visión más crítica y de corte marxista como la de Harvey. Específicamente este estudio se enmarca en la segregación residencial en contextos locales, en una localidad de la periferia, ubicada al oeste de Montevideo: el Balneario Pajas Blancas.

En primer lugar, analiza los micro territorios en los que está dividido Pajas Blancas a la luz de la teoría “Establecidos y Outsiders” de Elías y Scotson (2016), tratando de comprender las configuraciones que dan poder a un grupo, en este caso a “los de arriba”, y segregan y estigmatizan a “los de abajo”. El lector podrá apreciar que durante la investigación surgió una tercera categoría, “los del fondo”, que permitió un análisis en mayor profundidad de los límites simbólicos que separan socialmente a los grupos entre sí, perpetuando la desigualdad.

Al mismo tiempo durante el desarrollo de este estudio, se podrá entender cómo es que la segregación lleva a los excluidos a vivir “vidas precarias”, en el sentido de Le Blanc (2007), siendo juzgados y estigmatizados por quienes logran vivir dentro de las normas esperadas. Esto último permite comprender la forma en que los excluidos viven en lo que Agamben (2006) llama “estado de excepción”, convirtiéndose el asentamiento en una especie de campo de concentración por fuera de la ley, en el que estas vidas precarias pueden dejarse morir sin acceder a los más mínimos derechos.

Por otra parte, el trabajo se propone además comprender cómo en un contexto de inseguridad, cada sector responde de diferente forma en lo que respecta a la organización de la comunidad para superar la delincuencia o lograr todo tipo de objetivos, generando diferentes grados de lo que Sampson (2004) describe como “eficacia colectiva”. En este sentido el trabajo analiza cómo el grupo establecido logra mayor cohesión social y control social informal para fortalecer su participación ciudadana y la búsqueda de logros en común, mientras que los excluidos pierden su capacidad creadora sumiéndose en una especie de parálisis social que les impide salir de su precaria situación.

En base a la observación del lugar, entrevistas semiestructuradas, grupo de discusión, análisis de redes sociales, artículos de prensa, e informes cuantitativos, se llevará adelante un trabajo cualitativo que intentará entender las fronteras sociales que dividen a una población ya segregada dentro de la ciudad. De esta forma se tratará de dejar al descubierto una lógica fractal que demuestra que los excluidos también pueden excluir y estigmatizar a otros.

Palabras Clave: Segregación y frontera simbólica, seguridad ciudadana y eficacia colectiva, establecidos y marginados.

PRESENTACIÓN DEL TEMA

En la costa oeste de la periferia de Montevideo, a unos 17 km del Centro, se encuentra el Balneario Pajas Blancas, delimitado por Camino Pajas Blancas, la calle Felipe Ruiz Puente, la calle Aldama y Ortega y Rambla Puerto Soledad de Malvinas. En la actualidad no mantiene las características de balneario, ya que sus habitantes residen en forma permanente todo el año, haciéndolo coincidir más con la situación de un pueblo. A pesar de esto, quienes allí viven sienten orgullo de describirlo como el único balneario de Montevideo.

Varias investigaciones muestran la homogenización en el imaginario de todos los barrios periféricos (Sburlati, 2015), al punto que en muchos trabajos académicos y oficiales (INE, 2011) Pajas Blancas está inserto en un área que nuclea a Santa Catalina y Casabó. Sin embargo, las características particulares de Pajas Blancas y las formas de ser y hacer de sus habitantes distan mucho de las de sus barrios vecinos. Si nos remontamos a sus orígenes, vemos que mientras que Santa Catalina emergió como un asentamiento o que Casabó fue inaugurado como un barrio obrero, Pajas Blancas nació como un balneario exclusivo al que llegaban a veranear argentinos y uruguayos de clase media y media alta. Según cuenta Rivoira (2014) en el año 1933 comenzaron a venderse los solares del “Gran Parque Balneario Pajas Blancas” a través del Banco La Caja Obrera. “El ingreso a la zona se identificó mediante tres pilares cerrados por un portón, el que se abría los domingos a los visitantes que gustaban de la soledad, de los tranquilos baños de mar” (Rivoira, 2014, p. 39). Sus hermosos paisajes, el sonido del mar, su aire puro con aroma a eucaliptus, la comodidad de sus amplios terrenos, el ambiente pueblerino en el que todos se conocían, eran características que solían resaltarse por sus habitantes por inspirar tranquilidad. Sin embargo, en la actualidad, los pobladores añoran épocas mejores y dicen no sentirse tan tranquilos debido al notorio aumento de delitos, entre los que se cuentan hurtos de casas, rapiñas, robos e incendios de autos, y hasta algunos homicidios.

Al tiempo que se remarca que la zona oeste de la capital no es un todo homogéneo, es importante resaltar que Pajas Blancas también está compuesto por micro territorios muy heterogéneos entre sí. Dentro de sus límites se diferencian claramente tres zonas, cada una con características muy particulares. En primer lugar, se encuentra la zona antigua del balneario, que cuenta con una cuadrícula fraccionada en grandes terrenos, de aproximadamente mil o mil doscientos metros cuadrados, con construcciones sólidas que fueron realizadas hace mucho tiempo en su mayoría, algunas modestas y otras más costosas. En segundo lugar, se puede apreciar un sector ubicado dentro de los límites del balneario, llamado por los lugareños “El Polvorín” o “barrio nuevo”. Esta parte de Pajas Blancas fue fraccionada en las últimas décadas y aún cuenta con terrenos a la venta,

cada uno de los cuales tiene una superficie de cuatrocientos metros cuadrados aproximadamente. Las viviendas del lugar son nuevas y algunas están aún en proceso de construcción. En tercer lugar, el asentamiento ilegal de pescadores, ubicado en una zona rocosa entre las playas Pajas Blancas y Zabala, en el que se aprecian muchas viviendas precarias encimadas entre sí, en una pequeña área de la playa, cuya disposición no sigue una cuadrícula ordenada. Por último, Los Condominios, un barrio contiguo al balneario de tan solo dos manzanas, que se caracteriza por ser humilde y estar compuesto por modestas viviendas. Reconocido por todos como un barrio diferente que pertenece a otro Centro Comunal Zonal, comparte lazos afectivos con la parte antigua de Pajas Blancas, poniéndose de manifiesto en las entrevistas que pobladores de ambos sectores se sienten parte de un mismo lugar.

Fuera de los límites de la zona balnearia, se encuentra también una zona rural que es identificada por la Intendencia de Montevideo como Pajas Blancas. A pesar de ello, el desarrollo de este trabajo tendrá en cuenta los cuatro micro territorios nombrados anteriormente, y se centrará específicamente en las subdivisiones surgidas espontáneamente de sus habitantes.

Es que, como se verá, la primera división que surge al hablar con los lugareños es la de “los de arriba” y “los de abajo”. Se denomina “los de abajo” a los habitantes del asentamiento de pescadores, mientras que los habitantes de la parte antigua, del Polvorín y de Los Condominios, son llamados “los de arriba”. A simple vista podría pensarse que estas denominaciones hacen alusión a la altura del suelo con respecto al nivel del mar de las diferentes zonas, encontrándose Los Pescadores en la parte más baja del territorio. Sin embargo, vemos que no en vano “los de abajo” son además excluidos y estigmatizados. Otra división que surge de la investigación es la que subdivide a “los de abajo” en los del “frente” y los del “fondo”. La desigualdad social, económica y cultural entre “los de arriba” y “los de abajo”, se intensifica aún más al conocer la dura realidad de “los del fondo”. Estas denominaciones marcan diferentes modos de vida y claras hostilidades entre unos y otros.

Se puede apreciar que los de arriba han podido juntarse para acceder a mejoras y han obtenido muchos logros, entre los cuales se puede nombrar desde una cancha de baby fútbol modelo, una policlínica comunitaria, hasta una placita de juegos de madera con un escenario que oficia de punto de encuentro vecinal para todo tipo de eventos, entre otros tantos que se pueden nombrar. En contraste, los de abajo no logran cubrir siquiera sus necesidades más básicas, tales como legalizar su conexión a la red de energía eléctrica.

Un hecho que inquieta a todos los habitantes de Pajas Blancas es el aumento de los delitos y la sensación de inseguridad. Sobre este último aspecto, los de arriba culpan a los de abajo por recibir personas que ejercen la delincuencia y algunas bocas de droga. En el año 2018 vecinos

pertenecientes a la zona antigua del balneario, El Polvorín y la zona rural, realizaron un festival que tuvo mucha concurrencia en el cual recaudaron casi noventa mil pesos uruguayos para la instalación de cámaras de seguridad. La intención era colocarlas en los accesos al balneario con el fin de controlar a todo el que entrara y saliera de la zona. “Los de abajo” se sintieron señalados por “los de arriba”, culpando a los del fondo por instalarse en el lugar sin dedicarse a la pesca y delinquir.

La intención del presente trabajo es conocer cómo se profundizan la fragmentación y la segregación entre el sector de Pescadores y el resto del Balneario Pajas Blancas, en un contexto de aumento de sensación de inseguridad y aumento del delito, y comprender cómo surgen iniciativas particulares que generan cooperación entre los vecinos del Balneario para control ciudadano, al tiempo que disminuye la capacidad de la zona de pescadores para cubrir sus necesidades, aun las más básicas.

FUNDAMENTACIÓN DE LA IMPORTANCIA SOCIAL

Si bien evidentemente Pajas Blancas no es el único barrio que muestra segregación y diferencias entre sus habitantes, en el año 2019 sucedieron una serie de hechos graves y sin precedentes que alcanzaron niveles de dramatismo que lo vuelven un caso complejo que merece ser estudiado. En octubre y a plena luz del día, en el asentamiento de pescadores se enfrentaron dos bandas de narcotraficantes en un tiroteo, terminando en el incendio de una boca de venta de drogas. Una semana más tarde en la madrugada, se llevó a cabo un doble homicidio en el que se incendió una vivienda y se calcinaron dos cuerpos que previamente habrían sido baleados. Los vecinos del asentamiento siendo los más afectados por lo ocurrido, se negaron a realizar denuncia. Sin embargo, “los de arriba” llamaron a la prensa para divulgar lo sucedido, al 911 y a los bomberos, mientras continuaron viviendo en su apacible tranquilidad.

Es necesario comprender los mecanismos por los cuales se genera tanta violencia en la zona de pescadores y entender la hostilidad entre los habitantes del asentamiento y el resto de los pobladores de Pajas Blancas, la cual se vio incrementada luego de que “los de arriba” culparan a los pescadores por los terribles acontecimientos.

Este estudio podría ser de utilidad en un futuro intento de integración entre los sectores, así como en alguna acción que busque la inclusión de quienes viven segregados en el asentamiento. Es además significativo estudiar las formas de organización comunitaria de los vecinos del balneario para la prevención del delito, con el fin de mejorarla y extenderla a la zona de pescadores, generando en la población herramientas que permitan organizarse no solo en pro de la seguridad, sino también para cubrir otros tipos de necesidades. Finalmente, es importante que este trabajo

sirva como un antecedente cuyos resultados puedan luego ser extrapolados a otras áreas similares a Pajas Blancas, con el propósito de analizar procesos más generales.

FUNDAMENTACIÓN DE LA PERTINENCIA SOCIOLÓGICA

La segregación y la exclusión son temas clásicos de análisis en la sociología urbana. Ya desde la Ecología Humana que nació con la Escuela de Chicago se habla de segregación al constatar que los individuos parecidos parecen juntarse. Quienes comparten características similares tienden a agruparse en un mismo espacio, por lo que residen juntos al tiempo que se separan de otros grupos, tanto a gran escala como a pequeña escala. A nivel global vemos que los países prósperos se encuentran al norte y los más pobres en el sur. En Uruguay la prosperidad se encuentra en el sur. Luego dentro de Montevideo los barrios más pobres también están alojados en una zona distinta de la de los barrios más privilegiados. Esta estructura se va repitiendo en una suerte de fractalidad, llegando a producirse dentro de cada barrio, y luego dentro de cada localidad o micro territorio. Pajas Blancas es un claro caso de segregación residencial a muy pequeña escala. Es un tema con densidad que requiere ser estudiado sociológicamente con la finalidad de comprender cómo es que se generan sub-periferias dentro de zonas que ya son periféricas.

Con respecto a estas dinámicas de segregación urbana, la Escuela de Chicago argumentaba que se dan de manera natural. Según Burgess et al (1967), toma la forma de zonas concéntricas, donde quienes ostentan un mayor estatus se localizan en la periferia y los de menor estatus tienden a ubicarse en el centro. Más tarde aparecen otros autores de corte marxista que critican este enfoque. Harvey (1977), lejos de entender la segregación como un fenómeno natural, la explica como una producción de la acumulación capitalista.

Para adentrarnos en lo que es la segregación en un contexto local como Pajas Blancas, se toma como fundamental un trabajo de Elías y Scotson (2016) sobre Establecidos y Outsiders, en el que se analiza la relación y figuración social entre quienes ocupan un lugar de mayor prestigio posicionándose como un modelo de buen vecino, y los excluidos o marginados. Y, además, a Robert Sampson (2004) con su estudio sobre eficacia colectiva, como la capacidad de la población de una localidad para organizarse y lograr alcanzar ciertos objetivos.

MARCO TEÓRICO

El presente marco conceptual intenta hacer un recorrido articulando nociones útiles para comprender las dinámicas en el Balneario Pajas Blancas. En un primer momento desarrolla el concepto de segregación residencial evidenciando cómo las poblaciones de una localidad pueden separarse y dividirse en micro territorios. En segunda instancia, toma la teoría de establecidos y

outsiders, la cual nos ayuda a comprender las figuraciones que dividen a las poblaciones en sectores hostiles entre sí. En una tercera etapa, el trabajo continúa con vidas precarias en contextos de exclusión, analizando habitus y diferentes estilos de vida de los grupos, y el estado de excepción en el que viven algunas vidas precarias. Por último, analiza el concepto de eficacia colectiva que le permite a los establecidos organizarse para cubrir sus necesidades y mejorar en diferentes aspectos, incluyendo la seguridad y la prevención de la delincuencia.

SEGREGACIÓN RESIDENCIAL

El concepto de segregación ha sido objeto de estudio desde los inicios de la sociología urbana. Los autores de la Escuela de Chicago la definieron como un fenómeno natural y espontáneo del metabolismo de una ciudad en crecimiento, una etapa normal dentro de la transición de la ciudad que se expande y tiende al equilibrio. Desde la perspectiva ecológica del urbanismo, Wirth (2005) asume que en la población los individuos “tienden a segregarse unos de otros en la medida que sus requerimientos y modos de vida son incompatibles unos con otros y antagónicos entre sí. De modo similar, las personas de estatus y necesidades homogéneas se agrupan inconscientemente, se seleccionan conscientemente, o son forzadas a hacerlo por imperio de las circunstancias, dentro de una misma área.” (Wirth, 2005, p. 9).

En su estudio sobre el crecimiento de la ciudad, Ernest W. Burgess, analiza los cambios que este crecimiento ha provocado en la vida social de los hombres y los “problemas sociales” que trajo aparejados. La expansión urbana ha impactado sobre la organización social, generando “vastagregaciones urbanas o conurbaciones” (Burgess, 1967, p. 119). Estas conurbaciones “están conectadas por áreas menos densamente urbanizadas que iniciaron su vida como suburbios de las ciudades”. Con su “modelo de anillos concéntricos”, Burgess (1967) explica el crecimiento urbano, fundándose en la idea de que, en la sociedad heterogénea y compleja desde el punto de vista económico, se genera una competencia por el centro urbano que se traduce en la expansión de los usos de los suelos hacia la periferia. Esta expansión forma una serie de áreas concéntricas alrededor del centro y una diferenciación socioespacial de la ciudad en áreas naturales.

Burgess se refiere también al crecimiento urbano como resultante de la organización y desorganización, como un hecho análogo a los procesos de metabolismo en el organismo humano (Burgess, 1967): la desorganización, no es algo patológico sino un fenómeno normal y natural. Así, a todo “recién llegado” a un lugar, se lo puede ver desorganizado, debiendo reorganizar sus actitudes y conductas, desprendiéndose de lo que antes le era habitual o le resultaba moral. Como consecuencia, los nuevos del lugar sienten desorientación personal o conflictos mentales.

La expansión de la ciudad genera un proceso de distribución que llega a la diferenciación de distintas áreas (“reorienta, distribuye y reinstala individuos y grupos por residencia y ocupación. La resultante diferenciación de la ciudad [...] en áreas...” (Burgess, 1967, p. 124)): un “área de deterioro” en la que se concentran los grupos de más bajos ingresos, con mucha pobreza, viviendas muy precarias, donde abundan el crimen, los vicios, el desorden y el descontrol. Otra zona habitada por obreros de fábrica, trabajadores del comercio, trabajadores cualificados y de vida ordenada. Y por último una zona residencial de chalets y apartamentos que es más moderna y luminosa. Para Burgess (1967), la segregación es la diferenciación en agrupamientos naturales, económicos y culturales en la que a cada grupo se le asigna un área, la cual acentúa determinados rasgos que lo diferencia de otros grupos. Los grupos de bajos ingresos se concentran en determinadas zonas de la ciudad. Desde este punto de vista, de manera natural y a consecuencia del crecimiento de la ciudad, es posible afirmar por ejemplo que Montevideo se divide en “áreas naturales y morales”: los barrios más pudientes se ubican en una zona, los más pobres en otra, y los asentamientos aparte. Si bien la mirada de la Escuela de Chicago reconoce la desigualdad y tuvo muchos avances descriptivos en este aspecto, aporta soluciones apelando a mecanismos sociales ya existentes. Autores más críticos como David Harvey entraron en debate con esta escuela desde una mirada marxista. Harvey (1977), buscó establecer una teoría geográfica que vislumbrara soluciones revolucionarias y que no solo se limitara a reformar los mecanismos existentes. Critica a la Escuela de Chicago por no haber prestado atención al tipo de solidaridad generado por el funcionamiento del sistema y las relaciones económicas y sociales resultantes. Describe la marginalidad ya no como un fenómeno natural sino como un problema determinado de manera estructural. Según Harvey (1977), es el sistema capitalista el que da lugar a las diferentes áreas morales, derivadas de las relaciones de mercado y las formas de acumulación. La segregación no es una manifestación natural, sino el resultado de la acumulación de capital, existiendo en la exclusión un elemento económico subyacente, producto de la industria capitalista.

“La solidaridad social que Engels observaba no provenía de ningún «orden moral» super ordenado, sino que más bien las miserias de la ciudad eran una consecuencia inevitable del avaricioso y nefasto sistema capitalista. La solidaridad social venía impuesta a través del funcionamiento del sistema de intercambio de mercado” (Harvey, 1977 p. 138).

Harvey no desconoce los avances de la Escuela de Chicago, pero propone volver a formular los conceptos y teorías existentes a la luz de un nuevo paradigma que permita generar en el futuro acciones que logren un cambio social humanizador frente a las condiciones sociales deterioradas.

Dado que Montevideo se encuentra dividido en áreas morales, lo visto hasta el momento sería muy útil para analizar la segregación en nuestra ciudad. Sin embargo, el presente trabajo no estudia la segregación en Montevideo sino en un contexto local específico de la periferia montevideana.

El estudio de la segregación ha seguido dos grandes caminos. Por un lado, en miradas generales a la ciudad se ha volcado a la medición de índices de segregación. Un estudio clásico en este sentido es el realizado por Massey y Denton (1988), quienes definen segregación como “el grado en que dos o más grupos viven separados unos de otros en diferentes partes del medio urbano”, residiendo en diferentes áreas dentro del espacio urbano (Massey y Denton 1988, p. 282).

Por otro lado, el estudio de la segregación en contextos locales, en el cual este trabajo se va a enmarcar, atendiendo específicamente a la situación de los expulsados en la periferia del oeste de Montevideo. Una definición muy adecuada sobre la micro segregación dentro de una pequeña localidad es la de Sabatini (2001) la cual afirma que la segregación residencial es “el grado de proximidad espacial o de aglomeración territorial de las familias pertenecientes a un mismo grupo social, sea que este se defina en términos étnicos, etarios, de preferencias religiosas o socioeconómicos, entre otras posibilidades” (Sabatini, 2001, p. 5). En su estudio sobre la segregación espacial de los grupos socioeconómicos en las ciudades chilenas se destacan tres dimensiones: la tendencia de los grupos a concentrarse en áreas de la ciudad, la formación de áreas o barrios socialmente homogéneos, y la percepción subjetiva de los residentes sobre la segregación. Es una definición que se puede aplicar a gran escala, pero que también habilita su estudio en zonas más pequeñas, los barrios y las familias que los habitan.

ESTABLECIDOS Y OUTSIDERS – SEGREGACIÓN EN CONTEXTOS LOCALES

Mientras Burgess veía la segregación como algo natural y espontáneo producto del crecimiento de las ciudades, otros autores más críticos y desde una perspectiva marxista, como Harvey, la describen como un problema estructural causado por el sistema capitalista. Elías (2016) en cambio, como crítico de la sociología marxista cree que no se puede explicar la segregación únicamente basándose en las diferencias de poder de los grupos sobre objetos no humanos como los medios de producción. Se centra en los aspectos figuracionales y estudia las configuraciones. Las configuraciones son los procesos que producen el vínculo social entre individuos que tienen relaciones de interdependencias funcionales en las que está presente el poder, generándose vínculos tanto de proximidad como de distanciamiento. Elías y Scotson (2016) analizaron la comunidad de Winston Parva mostrando la fractura interna existente entre “establecidos” y “outsiders” en ese contexto local, reconociendo nuevas formas de segregación y nuevos tipos de límites. Constataron

que, dentro de esta pequeña localidad, así como en toda segregación residencial socioeconómica, los límites simbólicos y sociales están separando a “establecidos y outsiders”. Los “establecidos” son quienes ocupan un lugar de mayor prestigio y poder, constituyendo un “nosotros” que se posiciona como un modelo moral a seguir. Los “outsiders” o “marginados” en cambio, son todos los grupos y personas que no están incluidas en ese “nosotros”, quedando a un lado de las normas sociales admitidas por los establecidos (Elías y Scotson, 2016). En Winston Parva el grupo establecido estaba formado por las familias más antiguas. Se sentía más poderoso, se consideraba mejor y denigraba a los más nuevos, haciéndolos sentir inferiores y carentes de virtudes. A pesar de estas desigualdades, las familias que habitaban las diferentes zonas de la localidad no tenían demasiadas diferencias socioeconómicas o raciales, sino que se diferenciaban entre sí únicamente por el tiempo de residencia en el lugar. Desde esta óptica entonces, es importante saber

“cómo y por qué los seres humanos se perciben a sí mismos como pertenecientes al mismo grupo y se incluyen dentro de las fronteras del grupo establecidas cuando dicen nosotros en su comunicación recíproca, mientras que, a la vez, excluyen a otros seres humanos a los que perciben como miembros de otro grupo y a quienes se refieren colectivamente como ellos” (Elías y Scotson, 2016, p. 53).

La investigación de Elías y Scotson no fue realizada con la intención de reconocer cuál de los bandos hostiles de Winston Parva tenía la razón o cuál estaba equivocado, sino que se concentró en conocer las características estructurales de la comunidad que causaron que el grupo poderoso tratara al otro con desprecio. Los autores intentan entender por qué el grupo excluido se percibe a sí mismo como sucio, menos humano, o anómico; por qué sus integrantes son considerados por el grupo establecido como desagradables; por qué los establecidos sienten “miedo a la contaminación” o a la “infección anómica” al contacto con ellos; o por qué el grupo marginado sufre un efecto paralizador, perdiendo la habilidad para contraatacar y movilizar los recursos de poder que pueda llegar a tener a su alcance.

En cuanto a los “...aspectos figuracionales de los diferenciales de poder [...] en Winston Parva estos diferenciales, en especial en el grado de cohesión interna y control comunitario, podían desempeñar un papel decisivo en el índice de poder de un grupo en relación con el de otro...” (Elías y Scotson, 2016, p. 31). El sector de los establecidos demuestra mayor cohesión y control social, excluyendo y estigmatizando a los marginados, atribuyéndoles las características negativas de su grupo, pertenecientes a su minoría anómica. Por el contrario, el grupo establecido crea una imagen de sí mismo en base a la minoría de sus mejores miembros, los ejemplares, o que más se adaptan a

las normas esperadas. “El término estigma será utilizado, pues, para hacer referencia a un atributo profundamente desacreditador [...] Un atributo que estigmatiza a un tipo de poseedor puede confirmar la normalidad de otro...” (Goffman, 2006, p. 13). El estigma recae sobre la juventud, se hereda de padres a hijos y afecta el desarrollo de la personalidad de los últimos, a quienes el rechazo y el desprecio, los lleva a provocar y molestar a quienes los rechazan y tratan con desprecio, logrando a su vez, que sus detractores enfurezcan ante las amenazas constantes al orden de sus vidas.

El grupo establecido de Winston Parva, conformado por familias con una antigüedad de varias generaciones, posee recuerdos colectivos de épocas pasadas, días de grandeza que en el presente moldean la imagen ideal del “nosotros”. Muchas veces al encontrarse con la realidad actual, quienes añoran el pasado, viven un duelo por lo perdido. Los marginados, al ser recién llegados, no solo no comparten esas memorias de tiempos mejores, sino que además son rechazados y culpados por ser considerados un ataque a esa imagen ideal, y por considerarlos una amenaza a su superioridad. Conocer cómo se construye la relación entre los dos grupos ilumina sobre el motivo que lleva a que uno de los grupos reclame para sí un estatus más elevado que otro y lo excluya de todos los ámbitos en los que domina. También muestra el desarrollo de la “ideología” que justifica su superioridad a través de chismes o del bloqueo de cualquier tipo de evento que pudiera contradecir esa superioridad. Todo ello sin que significara la enemistad personal entre los individuos pertenecientes a uno u otro grupo, ya que, por el contrario, en términos personales, la relación entre un establecido y un excluido puede ser buena.

Elías y Scotson (2016) concluyen que las comunidades y los vecindarios son un tipo específico de configuración. Cuando alguien nuevo llega, inevitablemente es incluido en esos problemas figuracionales y participa de las tensiones entre establecidos y outsiders. La vida del “nuevo” pasa a ser afectada por esta configuración que ejerce poder sobre él.

La relación entre quienes están marginados y quienes están perfectamente establecidos, es una teoría de alcance medio que bien puede ser probada en situaciones similares.

VIDAS PRECARIAS Y CONTEXTOS DE EXCLUSIÓN

Hasta ahora se pudo apreciar que, en los contextos de exclusión local, los establecidos que viven vidas dentro de la norma esperada por su grupo, logran organizarse y vivir de un modo muy diferente a los outsiders. Teniendo en cuenta a Bourdieu (2013), podría decirse que, en contextos de exclusión local, establecidos y outsiders tienen diferentes culturas incorporadas que direccionan a los actores hacia aspectos ideológicos y sociales propios de su contexto. Los hijos de una familia

marginada abordan la realidad de una forma muy distinta a como lo hacen los de las familias de los establecidos y cada grupo accede a un desigual capital cultural, social y económico.

Bourdieu (2013) estudió los “habitus de clase”, según los cuales, podríamos decir que los integrantes de un grupo marginado tienen formas de obrar, pensar y sentir, asociados a la posición social, que los llevan a desarrollar estilos de vida muy diferentes a los del grupo establecido. Las estrategias que las personas llevan a cabo, de manera consciente o inconsciente, en los diferentes campos, aseguran la conservación o la mejora de sus condiciones de vida y de su posición con respecto al otro grupo. Todo esto se ve reflejado en las prácticas de los grupos, y en las representaciones y las percepciones que cada uno de ellos tiene de sí y de los otros (Bourdieu, 2013).

En los contextos de exclusión la segregación genera dificultades en la vida cotidiana de las personas. El barrio y el entorno son espacios en los que los grupos poderosos ponen barreras y límites a los grupos marginados, haciendo que sus vidas se vuelvan precarias.

Norbert Elías también tiene en cuenta la importancia de la extracción social en la teoría de establecidos y marginados y la asocia a la relación entre los individuos y los grupos. También lo hace Sampson (2004), como veremos más adelante, cuando al hablar de “efecto barrio” argumenta que los individuos actúan de determinada forma dependiendo del barrio en el que se encuentren, ya que cada barrio otorga a sus habitantes diferentes oportunidades de vida a las personas.

Tomando la definición de vidas ordinarias y vidas precarias de Le Blanc (2007), vemos que las vidas ordinarias son aquellas que aceptan y reproducen las normas y logran una trayectoria social “normal”, siendo en general calificadas como “buenos sujetos”. Pero esas trayectorias pueden ser discriminadas y sancionadas, convirtiéndose en vidas precarias que son descalificadas y señaladas como “malos sujetos” que se alejan de las normas. Es importante aclarar que para llevar adelante una vida precaria no es necesario vivir en la pobreza, sino que se puede pertenecer a un nivel socioeconómico elevado. Del mismo modo, no todas las personas que viven en condiciones de exclusión y segregación residencial viven vidas precarias. Sin embargo, estos últimos tienen más probabilidades de vivir en precariedad y que sus vidas se vuelvan más vulnerables. Problemas sociales como la falta de vivienda, la falta de empleo, la precarización laboral, la pobreza, y la incertidumbre ante el futuro, generan vidas que son marcadas con una identidad negativa. La vida precaria vive un tiempo sin futuro, es incierta, su valor como vida no está asegurado. La precariedad social genera luego fragilización y sufrimiento social y sufrimiento psíquico. La precariedad social intensifica la vulnerabilidad, cuando incrementa el sufrimiento social con el sufrimiento psíquico, y a su vez, la vulnerabilidad social, encuentra su expresión máxima en la vulnerabilidad vital.

Así como Elías y Scotson (2016) indican que los establecidos culpan a los marginados, Le Blanc (2007) también afirma que el precario no es el autor de su precariedad, pero, sin embargo, se lo responsabiliza de sus males, fortaleciendo el desprecio social hacia estas vidas precarias, y expresando violencia. La persona en desamparo social se repliega a esferas cada vez más limitadas, y la visibilidad social de sí mismo se ve fragilizada, lo que puede terminar en una temible muerte social. La fragilización de sí mismo, genera también una fragilización de la capacidad creativa del yo. Una vida tiene dificultades para desarrollarse cuando ya no encuentra justificación social evidente. Cuando a las poblaciones les cuesta organizarse para mejorar, es porque sus “capacidades creadoras de la vida” fracasaron. Esto último recuerda al “efecto paralizador” del que hablaban Elías y Scotson (2016) sobre los marginados, por el cual perdían la habilidad para contraatacar y movilizar los recursos de poder.

Las vidas ordinarias son las que están establecidas e integradas, son aquellas cuyas voces son escuchadas. Pero las voces de las vidas precarias no son tomadas en cuenta, ya que cuando se pierde el reconocimiento social por descalificación, se pierde la capacidad creadora, y se termina en una precariedad extrema, sin ser escuchados. La vida de los sin voz queda relegada al olvido, cercana a la muerte social, como “muerte en vida”. Son invisibilizados, privados no solo de voz, sino también de rostro. Los establecidos humillan a quienes tienen vidas precarias cuando, tal como afirma Le Blanc (2007), hacen pesar sobre ellos una duda en cuanto a su inscripción real en el género humano. Eso es lo que pasa en la precariedad. La autodefinición de sí mismo se encuentra ampliamente conectada con los procedimientos de respeto o humillación con los que una sociedad se manifiesta con respecto a ese yo. La integridad de una persona depende de cómo la trata la sociedad. Como se mencionó anteriormente, según Elías y Scotson (2016) las poblaciones estigmatizadas y excluidas muchas veces no pueden defenderse ni contraatacar debido a que piensan sobre ellos mismos del mismo modo que lo hacen sus atacantes.

Las experiencias extremas son parte del proceso de descalificación que viven los excluidos, a quienes les cuesta salir de esa situación. Según Le Blanc (2007), si bien las vidas ordinarias están en una tensión entre dos polos que son la vulnerabilidad y la autonomía, en los precarios esa lógica creadora no funciona, ganando la vulnerabilidad. Se genera así una herida social que causa vergüenza e indignación, des-socialización, humillación y fastidio. La persona se ve obligada a salir del juego social y sentirse en “ninguna parte”, que es la ausencia de vida social que genera sufrimiento psíquico.

Los outsiders son quienes llevan adelante más vidas precarias, al ser segregados residencialmente y excluidos, separados por fuertes límites simbólicos y sociales, estigmatizados y humillados por los establecidos. Para Agamben (2006), el excluido es el “homo sacer”, que en el derecho romano

era alguien a quien se podía dar muerte, pero no podía ser sacrificado en rituales religiosos. Se trata de un ser borrado de la sociedad, privado de sus derechos fundamentales, a quien se le puede quitar la vida impunemente. Está incluido en el orden jurídico en forma de exclusión, convirtiéndoselo en un proscrito excluido de la ley. Agamben (2006) se refiere a la nuda vida como la vida que está separada del Estado-nación. Su espacio es el campo de concentración, un espacio en permanente estado de excepción en el que la ley está suspendida, el cual ya no se encuentra limitado dentro de un lugar determinado, sino que se ha instalado en nuestras ciudades, reapareciendo en ciertas periferias.

Por último, Agamben (2006) define al Soberano como quien tiene el poder de decidir el estado de excepción y contrapone dos extremos de pueblo: por un lado “Pueblo como cuerpo político integral” con ciudadanos integrados y soberanos, y, por otra parte, “pueblo como multiplicidad fragmentaria de cuerpos menesterosos y excluidos”, lugar de miserables, oprimidos o vencidos. Habla de una “guerra intestina que divide” al pueblo, por contener dentro una “fractura biopolítica central”.

Cuando se considera que los excluidos cometieron algún delito, se determina la nuda vida. Se los juzga, se los expulsa y se los deja morir sin que nadie se sienta culpable. Los marginados se sienten en situación de excepción, desprotegidos, no reconocidos por el orden jurídico-político, convertidos en cuerpos animales, muertos en vida, sin valor social, y despojados de identidad.

EFICACIA COLECTIVA

En contextos de vidas precarias, el entorno local y el barrio ocupan un lugar muy importante, ya que pueden ayudar a las personas a ganar autonomía, o, por el contrario, a perder su capacidad creadora. Raudenbush y Sampson (1999) hablan del Efecto Barrio, refiriéndose a que los individuos actúan de determinada forma dependiendo del barrio en el que se encuentran. Es decir que cada barrio produce determinados efectos en las personas, otorgándoles diferentes oportunidades de vida. Del mismo modo, cada barrio tiene diferentes conductas frente a la inseguridad. Lo que desestimula el desorden e inhibe el delito en los barrios, generando índices más bajos de violencia, es la Eficacia Colectiva, teoría estudiada por Raudenbush y Sampson (1999).

Estos autores analizaron la tesis de “ventanas rotas” según la cual el desorden social y físico en los barrios conduce a delitos más graves. Si bien reconocieron que el desorden está relacionado con el delito, llegaron a la conclusión de que no es la causa más importante de la delincuencia (Raudenbush y Sampson, 1999). Por desorden señalaron actividades tales como prostitución, holgazanería o ingesta de alcohol en las calles, pintadas de grafiti, e infracciones en general.

Detectaron que las circunstancias que producen el desorden y las infracciones o delitos leves son las mismas que producen los delitos más graves. El delito y el desorden surgen de factores como la pobreza estructural, el alto índice de desempleo, la desigualdad de recursos y la falta de viviendas. Estas características estructurales generan baja eficacia colectiva fomentando el delito y el desorden público.

En un trabajo posterior, Sampson (2004), profundizó aún más en la teoría de Eficacia Colectiva vinculada al delito en los barrios. Se centró en las respuestas sociales del vecindario para enfrentarse a problemas como la delincuencia, en las tareas concretas para mantener el orden, y en la capacidad para conseguir objetivos determinados. Según Sampson (2004), la eficacia colectiva de un vecindario depende de ciertas características de los habitantes, como sus expectativas compartidas de acción, el sentimiento de participación ciudadana y el compromiso mutuo. El autor analiza el control social local y la cohesión como las dos dimensiones que más condicionan la eficacia colectiva. Para lograr orden y seguridad, los vecinos de los barrios utilizan mecanismos de control social informal, por medio de los cuales evitan, por ejemplo, actos de vandalismo o prevenir el absentismo escolar. Pero Sampson (2004) señala que el grado de control social informal es diferente en cada barrio. Lo que explica que este control sea alto es la confianza o cohesión entre los vecinos, es decir que, a mayor cohesión, mayor control. Entonces la eficacia colectiva es el resultado del vínculo entre cohesión y confianza, sumado a las expectativas compartidas de una intervención en el barrio. De este modo es que los barrios que cuentan con organizaciones locales y asociaciones de voluntarios logran niveles más altos de eficacia colectiva, y cuando la eficacia colectiva es fuerte, los índices de violencia son menores.

Entonces, como se pudo observar, los grupos marginados en contextos de segregación en los barrios, integrados por personas que viven vidas precarias, pueden llegar a encontrarse en un permanente estado de excepción. A eso se puede agregar que cuando estos factores se conjugan con problemas sociales como la pobreza estructural, las vidas precarias pierden autonomía y capacidad creadora, demostrando una baja eficacia colectiva. De esa manera se fomentan a su vez, el delito y el desorden público.

PREGUNTAS QUE SE BUSCAN RESPONDER EN ESTE TRABAJO

Tomando en cuenta todos los conceptos anteriormente desarrollados y las dinámicas que se dan dentro del Balneario Pajas Blancas, cabe hacerse algunas preguntas, cuyas respuestas ayudarán a desarrollar este trabajo:

¿Cuáles son las características de segregación en Pajas Blancas? ¿Cuáles son las configuraciones que marcan el vínculo social de inclusión-exclusión en la zona?

¿Cómo es estigmatizado el habitante del sector de pescadores? ¿En qué condiciones se genera eficacia colectiva o se debilita la capacidad creadora en el Balneario? ¿Cuáles son los mecanismos bajo los cuales se da la sensación de inseguridad en los habitantes del Balneario Pajas Blancas?

¿En qué aspectos los habitantes del asentamiento de pescadores viven vidas precarias? ¿Cómo son las prácticas y el habitus de clase de los habitantes “establecidos” del Balneario Pajas Blancas?

¿Cuáles son las prácticas y el habitus de clase de los marginados que viven en el asentamiento ilegal de Pescadores? ¿Desde qué aspectos podemos decir que “los de abajo” viven en un estado de excepción?

HIPÓTESIS

La hipótesis que guía este trabajo es que, en un contexto pautado por hechos delictivos y un fuerte incremento de la sensación de inseguridad, la comunidad del Balneario Pajas Blancas, representada por los establecidos “de arriba”, se organiza de manera más eficiente y generando una mayor eficacia colectiva, mientras que los “de abajo”, la población de la zona de pescadores debilita su capacidad creativa, siendo casi nula su eficacia para responder a algunas más básicas. Esto hace que se perpetúe el orden desigual que lleva a estos últimos a vivir en un permanente estado de excepción, en el que sus vidas precarias no son valoradas.

OBJETIVOS GENERALES Y ESPECÍFICOS

Se parte de dos objetivos generales. El primero, trata de comprender las configuraciones a través de las cuáles se perpetúa el orden social desigual entre “los de arriba” y “los de abajo” en el Balneario Pajas Blancas, y el segundo, de comprender los mecanismos que generan eficacia colectiva en “los de arriba” o debilitamiento de la capacidad creadora en “los de abajo”, a partir de la sensación de inseguridad en el Balneario Pajas Blancas.

Luego, hay varios objetivos específicos a los que se debe llegar y que son los siguientes:

- Observar los diferentes perfiles sociodemográficos de los habitantes del Balneario Pajas Blancas y su relación con habitus y modos de vida.
- Indagar y comparar la percepción de seguridad y la sensación de miedo de los habitantes del asentamiento de pescadores y de la parte antigua del Balneario Pajas Blancas.

- Conocer las representaciones que los habitantes de cada zona tienen de sí mismo y de los habitantes de las otras zonas de Pajas Blancas. Identificar los límites simbólicos internos y externos existentes en el asentamiento ilegal de pescadores.
- Descubrir las formas de control social en el Balneario Pajas Blancas y comprender los diferentes grados de cohesión social en el Balneario Pajas Blancas
- Conocer las situaciones de precariedad de las personas del asentamiento de Pescadores. Verificar si en el asentamiento de pescadores se dan las condiciones de un estado de excepción y el mecanismo por el cual estas perpetúan el orden social desigual dentro del Balneario Pajas Blancas.

ANTECEDENTES Y ESTADO DEL ARTE

Como se pudo apreciar en el desarrollo del marco teórico, desde sus orígenes la sociología se ha concentrado en la tendencia de los grupos a separarse dentro del territorio denominándola segregación o “segregación espacial”. En nuestro país, Aguiar (2016) nos dice que “la segregación “urbana” es una modalidad específica de segregación espacial, en la que las fronteras que separan a las personas y grupos entre los que se establece una cierta hostilidad, se plasman en su localización en las ciudades” (Aguiar, 2016, p. 5).

Rivoir y Veiga (2008) señalan que ya desde la década del 40, las clases sociales montevideanas iniciaron un proceso de polarización. Las clases media y alta comenzaron a trasladarse hacia la costa este, a tierras de costos inaccesibles para los más pobres, y aumentaron los asentamientos informales, llamados cantegriles, formas agudas de precariedad habitacional. Como también señalan Rivoir y Veiga (2008), estas grandes diferencias entre ambas zonas llevaron a que “unos y otros” se segregaran. La desigualdad en los niveles de vida, calidad ambiental, accesibilidad y servicios, trajo como resultado una mayor segregación urbana entre diferentes estratos y clases sociales. Destacan además que en las décadas de los setenta y ochenta, el precio de la vivienda aumentó notoriamente, generando movimientos migratorios intraurbanos que causaron el “alejamiento físico y simbólico de grupos y clases sociales diferentes. Dicho aislamiento los vuelve progresivamente más extraños y ajenos entre sí” (Rivoir y Veiga, 2008, p. 662).

Los mismos autores citan a Bervejillo y Lombardi (1999), para señalar que en el “Montevideo Metropolitano” se identificaron desde los años 90, cinco áreas claramente diferenciadas: Central, Intermedia, Costa Montevideana, Ciudad de la Costa, y periferia. Cada zona es homogénea en nivel socioeconómico, el uso del suelo en cuanto la relación de la vivienda y la actividad económica, y las características urbanísticas.

Dentro de los procesos socio espaciales, en la periferia “se verifica un crecimiento demográfico muy significativo, caracterizado por el predominio de sectores de clase baja. Dicho crecimiento se origina en migraciones desde la ciudad consolidada (Área Central), y combina tres modalidades: vivienda autoconstruida en lotes regulares, conjuntos habitacionales públicos, y los asentamientos irregulares” (Rivoir y Veiga, 2001, p. 9). Analizan así, la interrelación entre la desigualdad social y la segregación urbana en Montevideo, destacando la creciente desigualdad social que ha ido reforzando la “fragmentación económica, social y cultural emergente”.

“...han surgido nuevas formas de diferenciación y vulnerabilidad social, que implican la formación de fronteras sociales y disminución de la interacción, entre personas de diferente origen socioeconómico. Una de las consecuencias principales de estos procesos es la exclusión social, a través de mecanismos de segregación residencial y educativa...” (Rivoir y Veiga, 2008, p. 661).

En las últimas décadas, la creciente “fragmentación socioeconómica” y la desigualdad social, llevan a los sectores más pobres de Montevideo, a una movilidad descendente con una precaria inserción laboral e ingresos insuficientes. Estos “fenómenos reproducen la distribución de las clases en el espacio urbano” (Rivoir y Veiga, 2008, p. 665).

Teniendo en cuenta ya no la segregación en la ciudad de Montevideo, sino la exclusión en localidades pequeñas, un antecedente de estudio en Uruguay que aplica la teoría de establecidos y marginados (Elías y Scotson, 2016) es el de Aguiar (2016). Aguiar triangula estudios de caso en una localidad de Brasil, Madalena, y en Parque Lisboa, un vecindario pobre en el noreste de Montevideo con varios asentamientos irregulares. Se basó en la idea de Elías y Scotson de que “un modelo explicativo [...] permite comprender las características estructurales y las razones por las que, en condiciones diferentes, funcionan y se desarrollan siguiendo diferentes líneas” (Aguiar, 2016, p. 149). Las configuraciones halladas por Elías y Scotson (2016) en Winston Parva le fueron útiles como modelo para explicar los fenómenos que ocurrían en los otros dos contextos, donde tras la llegada de la nueva población se consolidaron dos zonas “los de arriba” y “los de abajo”, y comenzaron las “barreras entre ambas zonas: “los chiquilines de arriba y de abajo no se juntaban” (Aguiar, 2016, p. 147). “Los de abajo” fueron señalados con hostilidad y vistos como los causantes de los robos y la inseguridad. Las diferencias entre los vecinos de ambas zonas no eran económicas, sino de antigüedad y de integración.

La violencia y el uso de armas en la zona fue creciendo y la falta de control policial llevó a que se formara una comisión de vecinos de Valderas. Aguiar (2016) constató el mismo entretejido de

interacciones visto en Winston Parva, y una configuración pautada sobre algunos factores fundamentales. Esos factores son: 1) la diferencia de cohesión interna y de espacios de poder, 2) las identificaciones cruzadas *pars pro toto* que amplifican casos extremos y estigmatizan a los grupos marginados, 3) las historias, anécdotas y rumores elogiosos o degradantes que responsabilizan a los grupos de jóvenes y adolescentes, y 4) la focalización en algunos jóvenes “anómicos” como causantes de la sensación de inseguridad.

El grupo de “marginados”, es estigmatizado y visto por el grupo “establecido” como indignos de confianza, indisciplinados y desordenados. Los establecidos, quienes se identifican con la minoría mejor vista dentro de su grupo, conforman un conjunto más homogéneo y mejor organizado. Estos se oponen a los marginados, caracterizándolos como a su minoría peor, generalizando algunas de sus características en forma infundada. Los establecidos se sienten víctimas en el cambio de las cosas, aludiendo a que antes estaban mejor, e imponen un límite. Los marginados dicen que son algunas personas las que provocan allí todavía mayores problemas a las numerosas familias de bien. Luego, los unánimemente señalados como culpables, los “jóvenes anómicos” también se dicen víctimas. Aguiar establece así una diferencia hostil entre tres tipos de víctimas: los establecidos que se sienten amenazados y son hostigados por los jóvenes hostiles, pero responden excluyendo y segregando tanto a hostiles como a rehenes para tomar distancia. Los rehenes, entre medio de los establecidos y los hostiles, afectados por los establecidos quienes los tratan como si fueran hostiles, y afectados por los “jóvenes problemáticos”. Su respuesta es la hostilidad únicamente hacia los últimos. Y los hostiles, amenazantes, que desde su lugar también son víctimas, y reciben segregación de las otras dos posiciones, hostigando a ambas.

Otro de los autores que tomó la teoría de “establecidos y outsiders” aplicándola en Uruguay ha sido Trinidad (2017), en el oeste de Montevideo, en el asentamiento ilegal COTRAVI. Dentro de este espacio se encuentran dos grupos, “los de arriba” y “los de la Cañada”, separados por barreras sociales y simbólicas. Trinidad (2017) encontró que “los de arriba”, quienes habitan a una altura mayor del terreno, son quienes residen en las mejores locaciones espaciales, sus vecinos son quienes integran la comisión vecinal mientras que “los de la cañada” pertenecen a una población relegada que vive en condiciones socioeconómicas y habitacionales mucho más precarias. Trinidad (2017) comprobó que tal como plantean Elías y Scotson, “el tiempo de residencia, permite comprender y explicar las condiciones de desigualdad en el seno de una comunidad; así como de las relaciones de poder, que determinan el prestigio”. Pero, además, agregó que el tiempo de residencia no es la única dimensión que explica las dinámicas de las relaciones entre los establecidos y outsiders de COTRAVI, sino que la dimensión tiempo “se desarrolla y relaciona

juntamente con otras, como lo son las condiciones socioeconómicas habitacionales, y el “lugar de emplazamiento o residencia” al interior del asentamiento” (Trinidad, 2017, p.19).

En todos los casos de segregación residencial vistos quedan en evidencia los límites simbólicos que separan a unos de otros. Los vecinos de COTRAVI no son un conjunto homogéneo, así como tampoco todos los pobres de Parque Lisboa pueden ser descriptos bajo las mismas características. Los pobres no son todos iguales. María José Álvarez (2017) utiliza el término, “límites simbólicos” para demostrar que la pobreza no es un fenómeno homogéneo y estático. Estos límites separan a las personas entre sí, incluyendo a unos y excluyendo a otros. Si bien es cierto que dentro de un asentamiento los habitantes comparten muchas condiciones socioeconómicas y culturales, como demuestra Álvarez (2017), son personas que actúan y piensan de maneras muy dispares entre sí. En su esfuerzo por distinguirse unos de otros, instalan límites simbólicos que terminan siendo aceptados por todo los cuales se transforman ya en límites sociales. Así, al estudiar diferentes asentamientos, Álvarez (2017) pudo constatar que los primeros en instalarse en el lugar se esmeran en organizarse para no ser confundidos con quienes van llegando más tarde y en peores condiciones. Crean comisiones de vecinos, organizan brigadas de limpieza, establecen reglas para no permitir la formación de basurales, o ponen condiciones en el tipo de construcción de viviendas, una serie de medidas que llevan adelante para no ser confundidos ni estigmatizados como población de “cantegril” con todo lo que ello implica, incluyendo la asociación con la droga y los hechos delictivos de la zona. Así los límites simbólicos se hacen visibles, materiales y tangibles. Sin embargo, les fue muy difícil sostener esas disposiciones en el tiempo, ya que con la crisis del 2002 la estigmatización hacia los ocupantes ilegales creció cuando los asentamientos empezaron a recibir personas nuevas, muchas de las cuales no acataban las reglas y cometían delitos. Los vecinos que iniciaron el asentamiento se empezaron a ir, los vecindarios comenzaron a ser cada vez más concurridos y precarios, y los límites simbólicos tendieron a disminuir.

En otro trabajo, Álvarez (2019), señala que esos límites sociales que generan para excluir a sus vecinos nunca son tan fuertes como los límites que les son impuestos a ellos desde la población cercana al asentamiento. En palabras de Álvarez (2019) “no son tan poderosas como aquellas que la sociedad convencional establece en contra de quienes viven en los asentamientos” (Álvarez, 2019, p. 18). Ese límite simbólico que se le pone a los habitantes desde afuera del asentamiento es el estigma. Álvarez (2017) resalta que la sociedad en general tiende a asociar a los habitantes de los asentamientos con el crimen, el peligro y la marginalidad, entrando en la categoría de vecinos indeseables, lo que se ve reforzado por la intervención de la policía y los medios de comunicación. Viviana Sburlati (2015) indagó sobre los componentes de los procesos de construcción de identidad barrial que favorecen la asignación de estigmas a los “barrios” limítrofes. Trabajó con los

habitantes de Colón Norte buscando comprender las construcciones simbólicas sobre la identidad que realizan los vecinos y vecinas sobre un “nosotros” y un “otros”, con el fin de identificar los factores que incidieron en el logro de la integración barrial durante los procesos de urbanización del barrio “Colón Norte”. Encontró que en general las familias que pertenecían a las clases más bajas llegaron luego de ser desalojadas de otras zonas. Cuando se instalaron formaron nuevos “barrios” dentro de Colón Norte, identificándose como diferentes a los demás y estigmatizando a los “otros”. “El prejuicio que hace al estigma sería por definición un sentimiento desfavorable hacia una persona, basado en la experiencia previa o no, de lo cual se desprende una actitud hostil o de prevención hacia una persona de un grupo determinado” (Sburlati, 2015, p. 6).

Según Sburlati, esta fragmentación del territorio se traslada a los espacios públicos, los cuales son utilizados únicamente por quienes viven en el barrio en el que se ubican, quedando privados para los demás. Detectó en Colón Norte mecanismos de estigmatización en espacios de intercambio tales como centros educativos, reuniones o encuentros, que generan relaciones de conflicto, donde el “otro” es visto como enemigo, y donde es necesario diferenciarse del que está “abajo” para no ser estigmatizado del mismo modo.

En este sentido, Aguiar, Chouhy, y Noboa (2009), realizaron una revisión del discurso relativo a los “sujetos peligrosos” y comprobaron que el relato sobre inseguridad ciudadana se encuentra socialmente estratificado. Las categorías sociales percibidas como peligrosas (y los lugares de la ciudad donde generalmente residen o circulan) ocupan posiciones bien delimitadas en el espacio social, y por lo tanto los mecanismos de clasificación y asignación de estigmas (en el sentido de Goffman) afectan diferencialmente a las clases sociales. Demostraron que cuando se habla de las “clases peligrosas” se está aludiendo a los pobres de las periferias. “El discurso socialmente dominante [...] tiende a identificar juventud y pobreza con inseguridad y delincuencia [...] estas dos “marcas” operan como designadores rígidos de los sujetos peligrosos. Jóvenes y pobres son, en consecuencia, objeto de estigmatización permanente” (Aguiar et al, 2009, p. 57).

Según Fraiman y Rossal (2009), el joven delincuente se transforma en la alteridad peligrosa que debería ser encarcelada y excluida de la sociedad uruguaya. Fraiman y Rossal intentan “desarmar la construcción imaginaria que anuda joven, delincuente y drogadicto” (Fraiman y Rossal, 2009, p. 156). Plantean que esa exclusión trae como consecuencia el estigma hacia adolescentes y jóvenes pobres, quienes, carentes de oportunidades expresan gran apatía y eso los lleva “a comportarse como es esperado” (Fraiman y Rossal, 2009, p. 156). Tanto Aguiar, Chouhy, y Noboa (2009) como Álvarez (2017) coinciden con Fraiman y Rossal (2009) en este último aspecto, al señalar la importancia de la “profecía autocumplida” a través de la cual, el miedo y la idea de peligro hacia quienes viven excluidos en la periferia terminan reproduciendo la inseguridad, la pobreza y el

crimen en el futuro. Según Álvarez (2017), las drogas y la violencia crecen en los jóvenes pobres que no han experimentado nunca la pertenencia a un barrio formal, situación que afecta su forma de ser y estar en el mundo, y su estigma. Los jóvenes y los pobres terminan actuando tal como se espera que lo hagan, y son culpados por su conducta.

Por otra parte, se desarrolló también en el marco teórico el concepto de estado de excepción en el que viven algunas vidas precarias y el hecho de que los excluidos son consideradas como homo sacer que viven la nuda vida por fuera del orden jurídico. Sobre esto último, Calveiro (2008) analizó los estados de excepción en América Latina encontrando que, si bien estos se dieron en formas “excepcionales” en los años setenta y ochenta bajo figuras legales como “estados de sitio” o “estados de emergencia”, en la actualidad, estos no solo ocurren de manera excepcional. “El derecho iguala a los “iguales”, mientras otros quedan fuera de su protección y permanecen en los bordes, expuestos a distintas formas de la violencia...” (Calveiro, 2008, p. 96). Es claro que en la sociedad moderna la ley y la propiedad están protegidas, sin embargo, algunos son despojados de estos derechos sin que ese hecho sea considerado un delito. Calveiro (2008) señala que, en las ciudades latinoamericanas, algunos son considerados peligrosos: los indígenas, los pobres, o los acusados de terroristas o narcos. Son vidas sobre las que el Estado u otros particulares pueden disponer, más allá de las fronteras de lo legal, sin que eso constituya un delito. Cualquiera que sea considerado amenazante es incorporado a la esfera de los “prescindibles”, por lo cual se puede suprimir su vida, se lo puede excluir. De esta forma se realiza la “expulsión directa de un porcentaje creciente de nuestra población hacia los márgenes de la sociedad, ya sea obligándolos a migrar o, peor aún, orillándolos a las redes delincuenciales” (Calveiro, 2008, p. 97). Los actuales mecanismos de exclusión radical son en algún sentido tan violentos como los campos de concentración, convirtiéndose en una ampliación de la excepcionalidad.

Por último, es necesario conocer qué dicen los estudios de segregación local sobre cómo la precariedad y la exclusión afectan a las personas al punto que no pueden siquiera organizarse para lograr sus objetivos, y cómo esto se relaciona o no con la falta de eficacia colectiva para mejorar un fenómeno como la inseguridad. Se trata de comprender que el grado de control social y de cohesión social afecta a las comunidades en el desarrollo de capacidades que les permitan alcanzar logros.

Trinidad (2017) encontró en COTRAVI que la organización vecinal está dada por una Comisión de vecinos y que esta existe desde los inicios de la creación del asentamiento, generándose cohesión social en los vecinos más antiguos. Sburlati (2015) verificó que en Colón Norte los adultos no confían en los jóvenes, los culpan y destacan su falta de experiencia para participar de los proyectos. María Eugenia Rubio (2014) en su estudio sobre “Formas de la participación ciudadana para la

prevención del delito: un estudio de caso de las Mesas Locales de Convivencia y Seguridad Ciudadana”, concluyó que quienes determinan las relaciones de poder entre quienes participan de la mesa son aquellos que forman parte del espacio desde el inicio de este. En general, son vecinos que estigmatizan a la población joven, viéndola como “joven-pobre-delincuente”, la excluyen, identificándola como figura central de las problemáticas tratadas, y no convocan al joven por no considerarlo vecino (Rubio, 2014, p. 2). En este punto Rubio coincide también con Ricardo Fraiman y Marcelo Rossal (2009), quienes detectan que las “comunidades locales” de los barrios, están integradas por “un sujeto bien claro: el vecino” (Fraiman y Rossal, 2009, p. 155). El concepto de “vecino” deja por fuera tanto a los jóvenes como a quienes viven en asentamientos ilegales, como consecuencia estos dos sectores no son invitados a la Mesa Local para la Convivencia y la Seguridad Ciudadana del Zonal 6. Los jóvenes, inmersos en la incertidumbre educativa y laboral, víctimas de la violencia que genera la estigmatización de los mayores, no son escuchados. Del mismo modo los pobres, quedan fuera de la categoría vecino por no pagar impuestos o carecer de conexión legal a la red lumínica, viéndose al mismo tiempo privados de otro tipo de recursos y oportunidades. Los hallazgos dejan en evidencia que la exclusión afecta a las personas en su capacidad de participar en la comunidad, de organizarse para lograr sus objetivos, lo que se relaciona al grado de eficacia colectiva del vecindario, afectando en la forma en la que se enfrenta a los problemas de inseguridad.

Como hemos visto en el marco teórico, la reflexión sobre la eficacia colectiva suele asociarse a fenómenos de inseguridad y criminalidad. Ana Balbis (2009) distingue “dos dimensiones de la inseguridad: la objetiva, [...] la información que proporciona el dato [...] y la subjetiva ligada a la vivencia del miedo, de la incertidumbre” (Balbis, 2009, p. 3). Aguiar y otros (2009) se refieren a esta inseguridad subjetiva o miedos, como “sensación térmica”, y analizan la percepción de inseguridad ciudadana como un índice general de los mecanismos de interacción entre las diferentes clases sociales. La creciente percepción de inseguridad hace que se asocien “la violencia y la delincuencia con determinados grupos sociales” (Aguiar et al, 2009, p. 47). Los autores se esfuerzan en realizar un enfoque plural que “despeje los fantasmas de los sujetos peligrosos y minimice el peso simbólico de los estereotipos” (Aguiar et al, 2009, p. 58).

María Eugenia Rubio (2014), se centró en el modo en el que se desarrolla la aplicación del Programa Mesas Locales de Convivencia y Seguridad Ciudadana del Ministerio del Interior en convenio con la Intendencia de Montevideo, analizando el funcionamiento de las mesas y las “tensiones discursivas” en torno a la seguridad en el barrio, e indagando sobre quiénes son los que participan en las Mesas Locales, por qué lo hacen, cómo se interrelacionan entre ellos, y cómo interactúan la mesa y el barrio entre sí. Rubio concluyó que las mesas no logran concretar acciones

específicas, ni logran incluir realmente a la comunidad local. Se convierten en un espacio en el que se relacionan sujetos que participan a través de un “falso nosotros” (Rubio, 2014). Si bien es un programa que pretende ser democrático y abierto, y que trabaja para resolver reclamos compartidos ampliamente, no logra concretar la participación efectiva de todos. Sin embargo, los vecinos no problematizan la no participación de sus pares, lo que demuestra la “debilidad organizativa y la falta de empoderamiento local” (Rubio, 2014, p. 58). Rossal y Fraiman también analizan La Mesa para la Convivencia y Seguridad Ciudadana y plantean que es una “política pública que busca solucionar los problemas de seguridad y convivencia de los ciudadanos, a través de la participación y el diálogo, pero acaba reproduciendo estigmas y reforzando aquello que se proponía resolver” (Fraiman y Rossal, 2009, p. 156).

ESTRATEGIA DE INVESTIGACIÓN

Como diseño metodológico se llevará adelante una investigación cualitativa, que tal como señalan, Batthyány y Cabrera (2011):

“Se basa en el paradigma interpretativista, reflejado en el enfoque denominado cualitativista, se propone comprender e interpretar la realidad social en sus diferentes formas y aspectos. Para ello se basa en técnicas que no implican el análisis por variables, sino por casos y no aparece el uso de la estadística”. (Batthyány y Cabrera, 2001, p. 77).

Como ya se pudo apreciar el Balneario Pajas Blancas está dividido de manera espontánea por sus propios habitantes, en varios micro territorios: la parte antigua, El Polvorín, el asentamiento de Pescadores, y Los Condominios, cuya pertenencia no es legal sino afectiva. A esa clasificación, se suma una segunda: “los de arriba” entre quienes se encuentran los habitantes de la zona antigua de Pajas Blancas, los vecinos de El Polvorín y de Los Condominios; “los de abajo”, haciendo referencia a los habitantes del asentamiento ilegal de pescadores; “los del frente” denominando así a los pobladores del asentamiento que viven ahí desde hace muchos años y que son pescadores o están vinculados a la pesca por tradición familiar; y, por último, “los del fondo”, quienes se instalan en el asentamiento sin ser conocidos por nadie, y que, si bien pueden dedicarse de manera informal a la pesca –“haciendo changas”- son recién llegados, no son dueños de barcas ni tienen una trayectoria de vida familiar que los vincule a la misma.

Para la realización de este trabajo se tomará en cuenta entonces la segunda clasificación: “los de arriba”, “los de abajo” y la subdivisión de “los de abajo” en “los del frente” y “los del fondo”. Se determina como unidad de análisis la población de cada zona.

El diseño se divide en tres momentos: El primero de ellos se trata de grupos de discusión que buscan analizar cada una de las zonas, apropiados debido a que según Ortí (como se citó en Valles, 1999) “...estas reuniones de grupo de carácter y naturaleza eminentemente sociológicas, el grupo tan sólo es un marco para captar las representaciones ideológicas, valores, formaciones imaginarias y afectivas, etc., dominantes en un determinado estrato, clase o sociedad global”. Nos permiten conocer las representaciones que las personas de cada zona del Balneario tienen de sí mismos y de los otros, algo que es útil para aplicar el modelo de Establecidos y marginados de Elías y Scotson (2016). Inicialmente se intentó trabajar con dos grupos, uno integrado por vecinos de arriba, y otro integrado por vecinos de abajo. Sin embargo, si bien se logró realizar el primero con relativa facilidad, fue imposible llevar a cabo el segundo, ya que a pesar de todos los esfuerzos y convocatorias no se logró reunir a los vecinos del asentamiento, quienes expresaron desinterés y apatía, cansancio ante las repetidas intervenciones de las que han sido objeto sin ver resultados, desconfianza y hasta miedo.

Se pudo concretar entonces un grupo de discusión integrado por 8 personas, 4 hombres y 4 mujeres de entre 40 y 70 años, todos “de arriba”, siendo una de ellas vecina de El Polvorín y además dueña de una barca de pesca que habitualmente frecuenta la zona de pescadores. Se tuvo en cuenta que fueran un mínimo de 8, ya que de ser una cantidad inferior no resultaría tan efectivo ni resultaría tan rica la discusión. Al mismo tiempo se evitó traspasar el máximo de 10 participantes, evitando la formación de subgrupos que desvirtuarían la intención de la técnica. Se seleccionó a los participantes por medio del muestreo intencional, atendiendo la relación que las personas guardan con el objeto de estudio. Es una técnica adecuada porque construye el discurso social y la perspectiva de los actores, facilitando el intercambio, y dio a conocer las representaciones que arriba tienen de sí mismo y de los habitantes de abajo. Permitió conocer también cómo es que el grupo de arriba vive la inseguridad, cómo se para ante los delitos que suceden, y su sensación de miedo ante la posibilidad de estos, como así también, comprender cómo es que cada zona participa o no de las acciones de los vecinos que se organizan para mejorar la seguridad.

El segundo momento corresponde a las entrevistas semiestructuradas. Para su realización se preparó un guion temático sobre el tema que se pretendía hablar con cada entrevistado, con preguntas abiertas para que el informante pudiera expresar sus opiniones. Este tipo de entrevista permite ordenar y formular las preguntas durante el encuentro (Valles, 1999). Desde la perspectiva de N. Elías, entrevistar a los referentes locales es clave para entender las configuraciones que

operan entre establecidos y marginados, ya que nos permite ver las perspectivas que los referentes consolidados tienen sobre los habitantes de ambas partes. En base a lo que Elías destaca sobre la importancia de los actores pertenecientes a las asociaciones locales, se entrevistó a directores de instituciones educativas, dueños de comercios, voluntarios de la policlínica barrial, vecinos que se organizan, el Comisario y la policía comunitaria, y el Médico comunitario, entre otros. Así, la selección de las personas se realizó con un muestreo intencional, en búsqueda de informantes calificados, a quienes se podría volver a recurrir ante cualquier eventualidad a lo largo de la investigación. Se cuenta entonces, con el testimonio de los directores de la Escuela pública N° 190, Australia, el Centro Educativo Asociado de UTU, el Centro de Educación Inicial Kelé Kelé, el Centro Juvenil Kelé Kelé, y el CAIF Samba Lele. Se optó por los directores o coordinadores de cada centro, por ser quienes tienen amplio conocimiento de comportamientos, costumbres, y problemáticas de las familias de cada una de las zonas a estudiar. Se continuó luego con los dueños de tres comercios de Pajas Blancas que han sido víctimas de rapiñas violentas, y atienden clientes de ambas zonas. Por último, los trabajadores voluntarios de la policlínica comunitaria de Pajas Blancas, y el médico de medicina familiar y comunitaria especializado en adolescentes, quienes tienen contacto con vecinos de ambas zonas.

Se eligió además representantes de un grupo de vecinos organizado que ha trabajado por la seguridad del balneario para recaudar dinero para instalar un circuito de video vigilancia privada con monitoreo, que son también integrantes de lo que Elías llamaría “La red de viejas familias” (Elías y Scotson, 2016). Para finalizar, se entrevistó también al Comisario de la seccional N° 23, correspondiente a la zona, y al oficial designado como policía comunitaria.

En tercer lugar, se tomaron artículos de prensa que dan cuenta de los hechos delictivos acontecidos en Pajas Blancas en el correr del 2019 y se tuvieron en consideración las redes sociales del Balneario, tales como un grupo de WhatsApp de vecinos, creado para alertarse en temas de inseguridad, y los grupos de Facebook en los que interactúan y discuten habitantes de todas las zonas estudiadas.

Además, se realizó una observación recorriendo cada uno de los espacios, pudiendo constatar las diferencias entre las diferentes zonas.

Se extrajeron también datos de dos informes cuantitativos: en primer lugar, un Informe de Relevamiento de Información del Asentamiento Los Pescadores, realizado por TECHO en el año 2017. Y, en segundo lugar, un informe de MIDES sobre las características sociodemográficas de Casabó y Pajas Blancas.

Por último, cabe destacar que además de llevar adelante esta investigación quien escribe ha vivido en la parte antigua del balneario por más de 44 años, habiendo pertenecido a varios grupos de

vecinos organizados entre los que, a modo de ejemplo, se pueden citar el grupo que trabajó por la seguridad y la convivencia o la Comisión de Salud que está a cargo de la Policlínica Comunitaria. Desde el año 2017 a la fecha se desempeña como educadora en el Centro Juvenil atendiendo a adolescentes y familias provenientes del asentamiento de pescadores, del balneario y Los Condominios. Esta experiencia personal facilitó el acceso tanto a los líderes locales como a los habitantes de todas las zonas.

ANÁLISIS

PERFIL SOCIODEMOGRÁFICO Y HABITUS

Al observar las zonas de Pajas Blancas, se puede apreciar una gran diferencia entre “los de arriba” y “los de abajo”. En la parte antigua del balneario se encuentran grandes terrenos con amplios jardines y fondos cuyas construcciones varían tanto en costo económico como en antigüedad. Quien recorre puede encontrar desde grandes casas de dos plantas construidas por arquitectos en el siglo pasado, hasta viviendas modestas que, aprovechando la amplitud de los predios, algunas familias han ido agregando al frente o al fondo de la casa principal a medida que han ido creciendo. El desarrollo del barrio ha respetado una cuadrícula ordenada en el fraccionamiento de terrenos, en un paisaje arbolado, con calles en su mayoría de balastro y veredas verdes con cunetas que en general son cuidadas por los habitantes. Se observan también algunos descampados con vegetación alta que dejan saber que el balneario aún tiene espacio para un mayor crecimiento poblacional. En el asentamiento de pescadores en cambio, se aprecia un importante hacinamiento habitacional. Al ingresar al sector de Los Pescadores por la calle principal desde la terminal de ómnibus de la Playa Pajas Blancas, inicialmente se visualizan viviendas que en cuanto a su construcción no distan mucho de lo que es una casa modesta en la parte antigua del balneario. Sin embargo, a medida que se avanza hacia el fondo del asentamiento, las viviendas son cada vez más precarias. Se percibe que estas se han ido instalando en los espacios libres que fueron quedando entre construcciones previas sin respetar ningún tipo de cuadrícula. De las entrevistas surge que llegan personas que arman “ranchos” en espacios libres que encuentran y los desarman para vender sus chapas cuando deciden irse. Este hecho va generando pasajes sinuosos e intrincados que recuerdan a las favelas brasileras. Además, se ven cables de luz colgando de manera peligrosa y aguas servidas que le dan al lugar un olor muy diferente al resto del balneario, el cual se caracteriza por el aroma a eucaliptus. Cuando un visitante los transita, los lugareños lo miran desconfiados y con mucho recelo.

Con el fin de respaldar las diferencias observadas con datos cuantitativos este estudio se apoya en tres informes. En primer lugar, toma en cuenta una caracterización sociodemográfica calculada por el Ministerio de Desarrollo Social (MIDES) en el año 2015 en base a datos extraídos del Censo realizado por el Instituto Nacional de Estadística (INE) en el año 2011. Esta caracterización corresponde al área “Casabó-Pajas Blancas”. En segundo lugar, un informe similar también realizado por MIDES que toma en cuenta únicamente al Balneario Pajas Blancas. Por último, un relevamiento de datos realizado por TECHO en el año 2017 en el asentamiento ilegal de Pescadores.

Tomando datos comparables de los tres informes es posible observar algunas características y realizar un comparativo entre tres zonas:

En primer lugar, un área amplia que abarca a varios barrios, desde la zona rural de Pajas Blancas, el Balneario Pajas Blancas, Los Condominios, Monte Rosa y Santa Catalina, hasta Casabó, la cual nos da un panorama de la situación de los barrios periféricos que se encuentran en el oeste de Montevideo. Luego, una segunda zona mucho menor que comprendería a Los Condominios y al Balneario Pajas Blancas, la cual incluye también a la zona de Los Pescadores. Esta coincide con el área estudiada en el presente trabajo y permite verificar cómo se comporta Pajas Blancas en relación con el resto de los barrios nombrados anteriormente. Por último, una tercera zona que es el asentamiento de Los Pescadores.

Tabla 1

Datos sociodemográficos comparativos

Variable	Casabó/Pajas Blancas	Pajas Blancas	Pescadores
hogares vulnerables	51,90%	22,10%	54% %
índice de analfabetismo	1,70%	1,10%	7,50%
ocupación laboral	65,40%	69,70%	49%

En la tabla 1 se pueden comparar algunos índices. Por ejemplo, el 51,9 % de los hogares pertenecientes a la zona amplia Casabó-Pajas Blancas son vulnerables. Si miramos únicamente al Balneario Pajas Blancas (incluyendo Los Pescadores y Los Condominios) los hogares considerados vulnerables descienden a un 22,1 %. Pero se puede ver que el mismo dato tomado en el asentamiento de Los Pescadores asciende a 54 %. En lo que refiere al índice de analfabetismo, la zona Casabó-Pajas Blancas cuenta con un 1,7 % de población que no puede leer y escribir, en Pajas Blancas baja a 1,1 %, y en la zona de Los Pescadores este índice se dispara a 7,5 %. Por último, en lo que respecta a la ocupación laboral, el 65,4 % de la población de la zona Pajas Blancas-Casabó se encuentra ocupada, tomando solo a Pajas Blancas el porcentaje de ocupación aumenta a 69,7 %

pero si miramos ese dato en la zona de Los Pescadores, disminuye notoriamente bajando a 49 %. De los datos anteriores se puede deducir que, el Balneario Pajas Blancas aun cuando incluye al asentamiento de pescadores (el cual cuenta con los peores índices), se encuentra en mejores condiciones que el resto de los barrios de la zona oeste Casabó-Pajas Blancas. Este último aspecto nos da una idea del sentir negativo de los habitantes de la parte antigua del balneario hacia los habitantes de otros barrios cercanos:

“Viene gente del Casabó, de toda esta zona. Lo peor de toda esa zona te viene para acá [...] la zona de boletos locales, esas zonas marginales, entonces se vienen a la playa, no tienen cultura, no son culturas sociables en general, porque entre ellos en sus grupos se entienden y se llevan, pero te provocan”.

Al mismo tiempo se puede comprender también de qué manera “los de arriba” interpretan el modo de vida de “los de abajo” en frases como:

“Son ranchos pegados uno al lado de otro [...] se acostumbraron a esa vida. Vivir ahí, pegado uno al lado del otro [...] es un poco cultural, viven de otra forma, más allá que vivimos todos en el barrio, tienen su forma de ser”.

Al ver cómo los del Balneario marcan los diferentes modos de vivir las vidas de “Los Pescadores”, es posible reafirmar el concepto de “habitus de clase” estudiado por Bourdieu (2013). Debido a la diferente posición social, “los de abajo” demuestran tener distintas formas de obrar, pensar y sentir, y por ese motivo desarrollan estilos de vida que poco tienen que ver con “los de arriba”. El hecho de tener vecinos que arman y desarman ranchos en los espacios libres que puedan encontrar, deja en evidencia la gran disparidad en cuanto a estrategias de vida. “Los de arriba” insisten más en que sus jóvenes cursen educación secundaria, tienen un mayor cuidado de su entorno en relación con la basura, participan mucho más de las asociaciones barriales, o tienden a alcanzar una mayor estabilidad laboral. Los jóvenes de abajo suelen desertar en mayor medida de la educación media, los vecinos en general no se muestran tan molestos viviendo en un entorno rodeado de basurales, no organizan comisiones o grupos de trabajo con fines comunitarios, y no logran en general mantener una estabilidad laboral. Por ejemplo, el supermercado Donato es una fuente laboral para muchas personas en Pajas Blancas, pero como señala su dueño, los vecinos del asentamiento no logran sostener el empleo formal:

“he tomado una cantidad de gente a trabajar del sector de pescadores, pasan de su informalidad a ser formales, a estar en caja, a tener un sueldo fijo, a trabajar todos los días, un horario, (pero) todos abandonan, lo pierden, dejan de venir”.

La mayor diferencia radica en que mientras la población de la parte antigua del balneario reside de manera estable, los pescadores artesanales dependiendo de la zafra de la pesca, viven un tiempo en Pajas Blancas y otras temporadas del año en San Luis o Piriápolis, característica que afecta toda la vida familiar, influyendo inclusive en la trayectoria educativa de niños y adolescentes de la zona. Todas las diferencias mencionadas influyen en el capital cultural, social y económico de cada grupo, y marcan las mayores o menores posibilidades de cada sector de mejorar sus condiciones de vida y la posición de un grupo con respecto al otro. También se confirma lo que dice Bourdieu (2013) con respecto a que las diferencias en sus modos de vida condicionan las prácticas de cada grupo del balneario y las representaciones que cada uno tiene de sí mismo y de los otros.

Se cumple también en Pajas Blancas el “efecto barrio” que desarrolla Sampson (2004), ya que se puede apreciar que el hecho de criarse en la parte antigua del balneario o en el asentamiento de pescadores, afecta de muy distinta manera las trayectorias de vida de las personas. Esto sucede porque las oportunidades de vida a las que acceden quienes viven en el asentamiento, son muy distintas a las que tienen quienes viven en la parte antigua. En cada sector las personas incorporan diferentes culturas que los lleva a desarrollar aspectos ideológicos y sociales propios de su contexto. Como ejemplo se puede citar a una adolescente nacida y criada en el asentamiento, a quien cuando en el Centro Juvenil de Pajas Blancas la Educadora le enseña a solucionar sus problemas hablando y no peleando, contesta “allá abajo no hablamos, arreglamos los problemas a las piñas”. Muchas veces los hijos de las familias del asentamiento abordan la realidad de una forma muy distinta a como lo hacen los de las familias establecidas. Una mujer que vive en la parte antigua del balneario explica:

“Para mí es la educación, la forma de vida, el acostumbrarse a eso, pensar que es esa la vida, de esa manera y no hay otra, y no tener voluntad de salir ni aspiraciones, precisamente por la falta de educación. Yo lo veo así, la falta de educación que les impide el pensar, el querer superarse”.

LOS DELITOS Y LA SENSACIÓN DE INSEGURIDAD EN EL BALNEARIO

Los hallazgos en Pajas Blancas corroboran lo que apreciaron Raudenbush y Sampson (1999) en su investigación sobre el desorden y el comportamiento delictivo. En el balneario, tanto los vecinos de arriba como “los de abajo” perciben que en el asentamiento hay un desorden que se manifiesta

en prostitución, consumo de alcohol y drogas, bocas de venta de pasta base, riñas, tiroteos, o incendios intencionales, entre otros hechos negativos que suceden. Con respecto a estas problemáticas, “los de abajo” sienten que son los más perjudicados y explican que “los de arriba” viven seguros porque allí “no pasa nada”. Aseguran ser víctimas de violencia y vivir permanentemente amenazados por los líderes de las bocas sin poder denunciar, por lo que todo queda impune.

A modo de ejemplo, un pescador artesanal a quien le fue robada su moto cuenta que aun sabiendo quién fue el autor del hurto, debió callar para evitar que prendieran fuego su barca: “tenés que hacer silencio, callar, no es por el miedo que me pase algo a mí, es porque tenemos nietas, tenemos hijas”. No solo temen que tomen represalias contra sus hijos, también tienen miedo de que les incendien sus pertenencias: “me prenden fuego la barca y me cortan las manos y pierdo el laburo, ya se lo han hecho a varios”. Según “los de abajo”, estas son situaciones que suceden con frecuencia. Agregan que en el asentamiento se cometen muchos más delitos que arriba, pero estos no quedan registrados en el Ministerio del Interior por falta de denuncias y no se llegan a conocer quedando en un total hermetismo. Los pescadores perciben que lejos de “los tiros de la noche” “los de arriba” viven tranquilos como en un “mundo aparte”.

Si a lo anteriormente expuesto sumamos el hecho de que la zona de Los Pescadores cuenta con los peores índices de ocupación, analfabetismo y hogares vulnerables, se puede confirmar tal como aseguran Raudenbush y Sampson (1999), que el delito y el desorden surgen de características estructurales, o en otras palabras, que la pobreza estructural en el asentamiento de Los Pescadores fomenta el delito y el desorden público.

Si bien en la parte antigua del balneario no se percibe desorden ni tanta delincuencia como se describe en el asentamiento, sus habitantes se sienten afectados por la inseguridad. Mientras los vecinos de abajo no hablan de los hechos delictivos de los que son testigos, y si lo cuentan lo hacen bajando la voz y sin dar nombres, “los de arriba” se quejan de la inseguridad, arman grupos de alerta, trabajan en pro de recaudar fondos para comprar cámaras de seguridad, y se movilizan exigiendo a las autoridades mayor respaldo policial. La mayor expresión de temor de “los de arriba” concuerda con la apreciación de Balbis (2009), cuando distingue la inseguridad objetiva de la subjetiva, ligada esta última a la vivencia del miedo y de la incertidumbre. En el mismo sentido, Aguiar y otros (2009) se refieren a esta inseguridad subjetiva o miedos, como “sensación térmica”. En lo que respecta a la inseguridad objetiva, los vecinos de arriba expresan que Pajas Blancas continúa siendo uno de los barrios más seguros de Montevideo, pero que “ya no es lo mismo que antes”. Reconocen que, si bien tienen más seguridad que en otros barrios, tienen menos seguridad que antaño. Sobre la inseguridad subjetiva, muchos comentan que a ellos mismos no les ha pasado

nada aún, pero conocen a alguien que sí ha sido robado o rapiñado. Argumentan además que se enteran de los hechos delictivos o son advertidos de los peligros por las redes sociales de Facebook y WhatsApp, y que eso los hace sentirse más inseguros. Muchas casas se encuentran aseguradas con elementos tales como rejas, puertas blindadas o cámaras. Una mujer que vive en la parte antigua del balneario, quien junto a un grupo de vecinos trabajó por la seguridad en Pajas Blancas explica “yo no salgo, después de las 5 o 6 de la tarde me encierro”. Sin embargo, aclara que ella misma nunca fue víctima de inseguridad.

Vecinos de ambos sectores señalan como punto de inflexión el homicidio de Luis Pizarro en el año 2015. Se trata de un pescador que vivía en la parte antigua del balneario, perteneciente a una familia integrada con mucha antigüedad, considerado por todos, un buen vecino, muy respetado y querido por habitantes de arriba y de abajo. Su muerte conmocionó a toda la zona. En el asentamiento, un antiguo pescador comenta que,

“Luis Pizarro era uno de los que odiaba a los chorros. Y mirá lo que le pasó. Se jactó de ir a la cantina y decir lo que tendría que decir yo hoy: ¡No quiero un chorro acá, a los chorros los vamos a mandar presos! ¿Y qué hicieron? ¡Lo ejecutaron!”

El trabajo de campo revela que los vecinos de Pajas Blancas perciben el asentamiento como un lugar peligroso. Además, quienes habitan en la parte antigua del balneario estigmatizan a quienes se dedican a la pesca, acusándolos de haber permitido que la delincuencia se instalara en Pajas Blancas. Por su parte los pescadores artesanales explican que no son ellos los responsables de combatir el delito en la zona y se quejan de que están solos debido a que desde el Estado no se hace nada para ayudarlos.

“¿Qué vamos a hacer? ¡Pónganse en el lugar de nosotros! La policía no se quiere meter, prefectura, la intendencia... ya les dije, conmigo no cuenten. [...] para ir a correr a esa gente, no, no cuenten conmigo porque no. ¡No!”

Con la intención de obtener más información sobre la inseguridad en el balneario, se entrevistó al Comisario de la zona quien explicó que Pajas Blancas está lejos de ser considerada una zona roja. Aunque reconoce que las estadísticas han aumentado en los últimos tiempos, destaca que el balneario cuenta con un bajo índice de delitos comparado a otros barrios. Aclara que, al momento de la entrevista realizada en mayo de 2019, los delitos en Pajas Blancas se concentran alrededor de la calle Camino Pajas Blancas y Leal de Ibarra, lejos de la zona de Los Pescadores. Si bien la zona de concentración puede ir variando, en general el asentamiento no es considerado una fuente de

delincuencia. Sobre la posible existencia de bocas de venta de droga en el asentamiento, en primer lugar, destaca que la policía no siempre puede ingresar al asentamiento ya que es jurisdicción de la Prefectura. Al mismo tiempo asegura que “en la comisaría no se han recibido denuncias de existencia de bocas de droga en esa zona específica”. En este aspecto agrega que

“generalmente se apunta a las áreas más carenciadas de una población como los promotores o los causantes de la inseguridad, de los delitos [...] no significa que ello sea comprobable o totalmente cierto, hay de hecho muchas personas que cometen delitos en la zona de Pajas Blancas que no necesariamente están relacionados con esa área específica de Los Pescadores”.

Esto confirma lo analizado por Aguiar y otros (2009) quienes afirman que los más pobres de la periferia, son vistos como “la clase peligrosa”. El discurso percibido en el trabajo de campo reveló que los habitantes de Pajas Blancas también identifican la inseguridad y la delincuencia en el Balneario con la pobreza y la juventud.

Si volvemos al caso del asesinato de Luis Pizarro, de las entrevistas y el grupo de discusión se desprende que, si bien la población en general tiende a acusar a los jóvenes de abajo, los homicidas fueron dos jóvenes de arriba. Sobre esto una mujer del asentamiento dice que siente la discriminación cuando le dicen que “está lleno de droga allá abajo. Que sos malandro, que sos chorro, que sos mugriento...”

La idea de peligro y el miedo hacia los jóvenes de “abajo” operan como “profecías autocumplidas” tal como se pudo apreciar en los trabajos antecedentes. Al ser señalados como drogadictos y delincuentes, terminan comportándose como es esperado. Con frecuencia los hijos de “los de abajo” caen en la droga, generan deudas en la boca y muchas veces roban para poder pagar esas deudas teniendo problemas con la ley o en el peor de los casos, cuando no logran saldar esas deudas, son castigados por los vendedores.

“Vino el fulanito del fondo y agarró al Bradey acá, lo tiró en el piso, le dio unas patadas, le puso una nueve milímetros y se lo llevó para el fondo. Al Bradey, el hijo de Miriam, porque el gurí se droga mal, y chupa mal”.

En otros casos, los jóvenes con deudas son asesinados por los dueños de las bocas, como fue el caso del hijo de unos pescadores, a quien le dispararon: “Tony, el muchacho que mataron, el chiquilín estaba en la droga”. El “efecto vecindario” genera que los jóvenes que viven en el sector

de Los Pescadores con mala reputación sean víctimas de la pobreza y la exclusión, y tengan más probabilidades de cometer crímenes en el futuro.

REPRESENTACIONES Y LÍMITES

Pajas Blancas es un claro ejemplo de segregación residencial en el que los grupos están separados por fronteras, existiendo hostilidad entre “los de arriba” (establecidos) y “los de abajo” (outsiders o marginados). Como se pudo apreciar en el caso de Winston Parva, las diferencias detectadas por Elías y Scotson (2016) entre ambos grupos no eran socioeconómicas sino basadas en el tiempo de residencia. Aguiar (2016) coincidió con ellos hallando la misma particularidad entre “los de arriba” y “los de abajo” en Parque Lisboa. Pero Trinidad (2017) pudo ver que además del tiempo de residencia, las condiciones socioeconómicas habitacionales y el lugar de residencia también explican la desigualdad entre “los de arriba” y “los de la cañada” en COTRAVI.

Del trabajo de campo en Pajas Blancas surge que no todos los recién llegados al balneario son rechazados por su menor tiempo de residencia. Mientras que los recién llegados al asentamiento son descalificados y rechazados por “los de arriba”, los recién llegados a la zona de El Polvorín son recibidos e integrados con mucho agrado por el resto de los habitantes del balneario debido a que llegan para formar “un barrio nuevo, lindo, (de) gente trabajadora”. Cuando se le pregunta a una vecina que vive en la parte antigua del balneario sobre El Polvorín, explica que en “toda esa parte que se fraccionó se han hecho viviendas. Hay mucha gente nueva, [...] pienso que al barrio le sirve”. Luego, durante el grupo de discusión se puede notar la aceptación de los antiguos habitantes del balneario a la gente que llega a El Polvorín

Vecino 1: ...a mi particularmente me encanta cuando salgo a caminar, recorrer eso, porque ver una casa arreglada al lado de la otra... a mí me encanta el Polvorín.

Vecina 2: sí, uno sale, mirá qué lindo la casa que están haciendo...

Vecino 3: si... son casitas preciosas, muchísimas casas que vos las ves...

Vecina 4: si... a mí también me gustan

Destacan también que las condiciones de construcción de esa zona impiden levantar viviendas precarias y obliga a cumplir ciertos requisitos estéticos. Los recién llegados son vistos como gente deseable, que trabaja y puede cumplir con las normas establecidas. El resultado es que son rápidamente integrados por los vecinos del barrio, mientras que sin importar cuánta antigüedad tenga una persona viviendo en el asentamiento de pescadores, no logra la misma integración.

En base a las representaciones y las percepciones de los grupos estudiadas por Elías y Scotson (2016), a continuación, se realiza un análisis de los hallazgos encontrados en Pajas Blancas.

Representaciones de “los de arriba”.

La auto representación de los vecinos del sector establecido está relacionada al recuerdo colectivo compartido de épocas en las que el Balneario solía ser mejor. Como se pudo ver en el marco teórico, al hablar de establecidos y outsiders vimos que Elías y Scotson (2016) hablaban de los recuerdos de épocas pasadas de las familias más antiguas, y de su duelo por lo perdido. Estos recuerdos moldean la imagen ideal de un “nosotros”. En el trabajo de campo surge que en Pajas Blancas se repite esta configuración. Los vecinos del Balneario sienten nostalgia por una imagen ideal de un “nosotros” que ya no existe. Días de grandeza en los que eran visitados por porteños y montevideanos de clase media alta que llegaban a descansar o veranear. Los bailes familiares en el hotel, los juegos de bochas en el antiguo club, las épocas en las que había muy pocas casas, y un sinnúmero de historias que significan un ideal al cual aspirar. Este aspecto se trasluce en comentarios como los siguientes:

- *“antes era una belleza, hasta hace dos años dormíamos con la puerta abierta”*
- *“Pajas Blancas es una zona... que fue en su tiempo de familias muy adineradas”*
- *“la gente que tenía mucho dinero era la que tenía el club, la que tenía el hotel [...] hacían los eventos, que no entraba todo el mundo a esas fiestas”.*

Entre “los de arriba” también hay vecinos que cometen delitos, consumen drogas o no trabajan, características que critican duramente en “los de abajo”. A pesar de esto, ningún vecino de la parte antigua del balneario recomienda “tener cuidado” con “los de arriba”, por el contrario, expresan que son “buenos vecinos, serviciales”. Se auto perciben como semejantes a la minoría de sus mejores miembros, como gente de bien, trabajadora y mejores personas que “los de abajo”. Se cumplen entonces las representaciones *pars pro toto* que señalan Elías y Scotson (2016).

“Los de arriba” también se sienten superiores a “los malandros” de otros barrios de la zona oeste de Montevideo que llegan a visitar Pajas Blancas. Esta característica se acentúa por el rechazo y la desconfianza a los desconocidos. Quien fuera directora de una de las instituciones educativas en Pajas Blancas por casi 10 años señala que los pobladores son “muy cerrados”. Del discurso de los vecinos de la parte antigua del balneario, surge que valoran las épocas en las que “todos se conocían en el ómnibus”, todos se “saludaban por la calle”, o todos se encontraban en la playa y cada uno tenía su lugar. En cambio, señalan como un hecho negativo cruzarse con vecinos nuevos que no conocen y no saludan, una queja que sería impensada en otros barrios. En síntesis, los establecidos

demuestran tener poder y prestigio, excluyendo a los del asentamiento, señalándolos como “los otros” por no cumplir con las normas por ellos admitidas.

Teniendo en cuenta como “los de arriba” representan a “los de abajo”, vemos que los describen como inferiores o carentes de las virtudes que ellos sí poseen. Como cuenta una persona que reside arriba, los establecidos generalizan y comentan sobre “los de abajo”: “tené cuidado porque entran y te llevan las cosas, son unos rastrillos, no podés dejar nada a mano”.

Se cumplen las identificaciones cruzadas *pars pro toto* que estigmatizan a los excluidos, otorgando mayor relevancia a sus casos anómicos extremos. Los señalan como indignos de confianza, indisciplinados porque “no tienen cabeza” para hacer rendir las buenas ganancias que obtienen en épocas de zafra. Los perciben como desordenados y los acusan de pretender “que les den todo de arriba”, de no hacer “nada por salir de la situación que están”, de que “se cuelgan (de la UTE) y no pagan nada”, o de que “les gusta vivir así”. Los dejan fuera de la categoría vecino por no pagar impuestos o carecer de conexión legal a la red lumínica, viéndose al mismo tiempo privados de otro tipo de recursos y oportunidades. Sobre la legalidad de las conexiones a los servicios del estado, una vecina establecida comenta

“...ellos no tienen luz, ni el agua tampoco, porque, como que queda feo la palabra esta... Pero como que roban, [...] ilegales, ahí está, esa es la palabra, porque no... claro porque para ellos es lo que yo te digo, tú tenés que pagar las cuotas mensuales, viste, y ellos no pueden tener unas cuotas mensuales”.

Cuando se le pregunta si han intentado solicitar la conexión legal contesta “No, no, ellos piden para que les den, no piden (la conexión legal)”, desconociendo los frustrados intentos de varios vecinos del asentamiento por obtener la conexión legal. Agrega que es gente que vive “a lo gitano” porque “son nómades”, ya que en baja temporada se van a pescar a San Luis.

Por último, como se pudo ver en el capítulo anterior, los señalan como los responsables de la sensación de inseguridad.

“Los de arriba” no logran ver que son causantes de una real segregación y estigmatización, por el contrario, sienten que “los de abajo” “se discriminan solos” o “no se integran”. La directora de una institución de educación media en Pajas Blancas explica que

“la gente de Pajas Blancas no quiere que sus hijos trabajen en grupo, que trabajen juntos. Vamos a hacer una maqueta y ellos eligen [...] Pues los padres dicen ¡NO, yo a ese no lo quiero en mi casa! A los de pescadores”.

En cuanto a la representación que “los de arriba” hacen de “los del fondo”, vemos que se ve a los recién llegados al asentamiento de pescadores como culpables de todos los problemas de delincuencia. Si bien existe una tendencia a culpar a los más jóvenes, en el caso de “los del fondo” se los asocia a la inseguridad independientemente del grupo etario al que pertenezcan. Sobre esto, un hombre que frecuenta la cantina del balneario deja entrever el concepto de “clases peligrosas” al argumentar que en

“Los Pescadores, hay familias de toda la vida, que las conocemos, que sabemos que son bien... pero se ha venido gente que ni siquiera nosotros los conocemos. Gente que viene de otros lados, que hizo tipo un asentamiento, [...] la gente que uno conoce es trabajadora, gente bien. Pero se mezcla esa otra cosa, de gente que viene acá a vender droga, que hacen boca ahí abajo”.

“Los de abajo” son víctimas de estereotipos como “pichis”, “malandros”, “rastrillos”, y condenados a la estigmatización y al confinamiento territorial extremo. Nuevamente en la cantina cuentan cómo los recién llegados son estudiados minuciosamente

“Siempre hay alguno que viene de otro lado. Por lo general si te portás bien y no haces nada mal, siempre sos bien recibido. Si te portás mal, ya directamente no te dejan entrar más. [...] o sea, que sabés que no anda en buen paso, [...] Ya te marcaron. Siempre te esperan a ver “que es lo que yo hago”, “la actitud que tomo yo”, cada vez que cae uno nuevo, ya lo estudiás, y ves cómo cae”.

Representaciones de “los de abajo”

La auto representación de “los de abajo”, al igual que la de los establecidos, también está relacionada a una imagen ideal del pasado. A pesar de no estar incluidos en los recuerdos del pasado glorioso que tienen “los de arriba” del balneario, los antiguos pescadores artesanales también añoran un pasado en el que para ellos todo fue mejor. Sienten nostalgia de las épocas en las que lograban unirse en comisiones para hacer censos de las familias trabajadoras y expulsar a los delincuentes. Añoran la época en la que todo era más tranquilo, sentían confianza en sus vecinos, y el asentamiento era un lugar seguro, frecuentado por “los de arriba”.

En la actualidad se sienten excluidos sin poder defenderse, por pensar de ellos mismos como lo hacen sus atacantes, totalmente desvalorizados. Se sienten abandonados por el estado que no responde a los graves problemas de inseguridad que los aquejan y que van en aumento. Expresan el dolor que les causa el hecho de ser señalados como los responsables de haber permitido que la

delincuencia se instalara en el asentamiento y lo consideran una injusticia. Sienten que no merecen ser excluidos por “los de arriba”, pero al mismo tiempo reconocen que se apartan de ellos para no sentirse inculcados y ofendidos.

“Yo no me quiero reunir (con “los de arriba”), me han invitado, la verdad, pero no voy porque siempre se toca este tema, [...] de la inseguridad y todo esto, y yo no quiero ir a discutir con gente que conozco de toda la vida. Y siempre hay algún vecino que, “¡ah! porque los pescadores”, te pincha... [...] y nos hace tirar la autoestima por el piso”

Como expresa la esposa de un hombre que viven de la pesca artesanal,

“es que hay mucha discriminación, [...] a veces yo escucho a la persona y dice “sí porque los que andan robando son los pescadores de allá abajo...” porque me ven con buena presencia y no saben que yo soy la mujer de un pescador, ¿verdad? Porque creen que porque somos pescadores somos no sé... no sé qué piensan... digo... ¡A ver! ¡Somos personas!”

“Los de abajo” a su vez están subdivididos en una lógica fractal. Se diferencian entre “los del frente” y “los del fondo”. Los primeros son quienes tienen una trayectoria en la pesca artesanal y quienes a pesar de ser estigmatizados y excluidos por “los de arriba”, pueden considerarse los más respetados y reconocidos del asentamiento. Según ellos mismos describen, las familias de pescadores se han ido yendo y hoy no llegan a diez. Las que quedan, en su mayoría viven en casas de construcciones sólidas con confort y comodidades, ubicadas en la entrada del asentamiento o frente a la playa.

Una característica muy importante para entender la vida de quienes se dedican a este oficio es que su trabajo y subsistencia dependen del período zafra. No todo el año hay peces en Pajas Blancas, por lo que los pescadores artesanales deben emigrar en las temporadas bajas, instalándose en otros balnearios, por lo general, San Luis o Piriápolis. Muchas veces se va el jefe de familia, pero en otras ocasiones se trasladan todos los integrantes del hogar.

Sobre la representación que “los del frente” tienen de “los del fondo”, podemos decir que los pescadores artesanales ven a los recién llegados al asentamiento, como los verdaderos culpables de la delincuencia y de la instalación de las bocas de drogas. Al igual que “los de arriba” se disgustan y se cierran a los desconocidos buscando diferenciarse de ellos. No los saludan y en muchos casos ni les dirigen la palabra. En la medida que les es posible, siempre impiden ceder un espacio en la arena para nuevas construcciones. Hablan de ellos utilizando una serie de calificativos negativos,

tales como “pastosos” o “malandros”. Los culpan de los consumos problemáticos de droga que padecen sus propios hijos, quienes luego terminan generando deudas y a veces delinquiendo para poder consumir, hecho que genera mucha hostilidad con los dueños de las bocas. Desean que las autoridades hagan un censo para saber quién no se dedica a la pesca con el fin de “hacer una limpieza” y que solo se queden en el asentamiento quienes sí se dedican a pescar.

“Lo lamento, se tienen que ir. No pueden vivir ahí, hay muchísima gente que ahí no tiene nada que hacer, mejoraría el aspecto de la playa, los vecinos bajarían, gente de otros lados vendría a comprarnos el pescado. Podríamos hacer... no se... que la policía cerrara ahí, trancara”.

“Los del fondo” llegan allí por no tener un lugar donde vivir y/o carecer de algún tipo de salida laboral. Son los que tienen la vida más precaria, viviendo en casas muy modestas, de chapa o costanero, muchas veces sin piso, ubicadas simplemente sobre la arena, sin baño ni agua, y con conexiones de luz peligrosas. Son rechazados por “los del frente” y por “los de arriba”. Un hombre que fue entrevistado en el Centro Juvenil por la posible inscripción de su hijo adolescente contó que había desistido de construir un rancho en el asentamiento, debido a que los habitantes más antiguos le negaban el espacio con excusas tales como: “acá está reservado para un familiar”, o “este lugar ya es de otra persona”.

Por último, es necesario tener en cuenta la representación que hacen “los de abajo” de “los de arriba”. Las personas que viven en el sector de “Los Pescadores” ven a “los de arriba” como “los pudientes que se creen más”. Destacan que arriba también hay jóvenes que han cometido delitos o que bajan a comprar droga al asentamiento. Los ven como personas injustas que los culpan por la delincuencia. Cuando un vecino de “los de abajo” frecuenta a “los de arriba”, es común que lo acusen de “hacerse el cheto”, algo que no está bien visto.

Víctimas y límites simbólicos

Se constata entonces que en Pajas Blancas existen interdependencias funcionales que generan vínculos de proximidad o distanciamiento entre los diferentes sectores. Como se puede apreciar en la Tabla 2, en Pajas Blancas sucede lo que redacta Aguiar (2016) en el Parque Lisboa, una diferencia hostil entre tres tipos de víctimas:

En primer lugar, los establecidos de arriba son los menos perjudicados, pero recuerdan que antes estaban mejor y que en la actualidad se sienten víctimas, amenazados por los recién llegados al asentamiento, por lo que excluyen a todos “los de abajo”.

En segundo lugar, los pescadores con antigüedad en el asentamiento se sienten rehenes de la situación. Se encuentran en medio de los establecidos (de quienes sienten rechazo), y de los hostiles (recién llegados al fondo, a quienes ven como problemáticos). Sin embargo, solo culpan a estos últimos. Si bien están en contra del límite que les imponen los establecidos y lo ven como algo abusivo, aceptan el rechazo que les imponen. Por último, los hostiles o “los del fondo”, se muestran amenazantes y causan problemas tanto a “los de arriba” como a los pescadores. Al mismo tiempo son víctimas que reciben la segregación de todos, siendo culpados por establecidos y rehenes.

Tabla 2

Microsegregación en Balneario Pajas Blancas

Lugar de residencia	Parte antigua	Condominios	Polvorín	Asentamiento Pescadores
Arriba	establecidos	establecidos	establecidos	
Abajo	frente			rehenes
	fondo			hostiles

Antes de analizar los límites simbólicos entre establecidos y marginados, es importante señalar el límite físico que los separa: un médano tras el cual queda oculto el sector más pobre del asentamiento. “Los del fondo” quedan confinados en un área escondida y muy pequeña, cuya capacidad para construir “ranchos” está al límite. Cada tanto algún recién llegado no encuentra lugar e intenta instalarse en la parte más alta del médano, quedando visible a quien camina por la rambla. En esos casos “los de arriba” hacen la denuncia municipal. El alcalde del Municipio A cuenta que si bien

“el que te llama te dice: otra ocupación más, no es nada contra nadie, pero imagínese que eso es espacio público, son las dunas, es la costa. Y tienen razón. Hemos tenido que hacer más de alguna actuación derribando algún rancho de madera y de chapa, muchas veces con gente que no tiene realmente donde vivir, pero es que no podemos dejar que se siga ocupando”.

Además de los límites físicos, en toda segregación residencial socioeconómica en contextos locales hay límites simbólicos y sociales. Como se pudo ver ya en los antecedentes, Álvarez (2017) explica

que la pobreza no es un fenómeno homogéneo y estático. Así como pudimos constatar con datos cuantitativos que Pajas Blancas no es igual al resto de los barrios de la zona oeste de Montevideo, y que sus habitantes tratan de demostrar que son diferentes a quienes viven en Casabó, del mismo modo, dentro de Pajas Blancas los vecinos no son todos iguales. En ese esfuerzo de algunos por distinguirse de los otros, “los de arriba” instalan límites simbólicos que separan a “los de abajo”. Esos límites pasan a ser aceptados por todos, transformándose en límites sociales. Al mismo tiempo y en una lógica de fractalidad, esa separación se repite dentro del mismo asentamiento de pescadores. De esa forma vemos que tampoco todos los pobres del asentamiento son iguales. Se constata entonces lo que dice Álvarez (2017) en cuanto a que, si bien pueden compartir condiciones socioeconómicas y culturales, son personas que actúan y piensan de manera muy dispar entre sí. Inicialmente esta investigación comenzó indagando sobre las diferencias entre “los de arriba” y “los de abajo”, pero durante el trabajo de campo, al entrevistar a “los de abajo”, emergió una nueva categoría que dividía a estos últimos en “los del frente” y “los del fondo”. “Los del frente”, hacen todo lo posible por no ser confundidas con “los del fondo”. Como aclara un pescador:

“... de donde nosotros vivimos y la vecina nuestra, para el frente, ahí somos casi todos pescadores, [...] no tenemos nada que ver [...] él anda limpiándole la mugre a todos los vecinos. Limpia la calle, limpia la playa, limpia, limpia, limpia, hasta el CAIF va a limpiar. Porque él no quiere ser igual no quiere tener toda la mugre, no quiere vivir entre la mugre. Él es así, [...] por lo menos esa parte del medio que estamos nosotros ahí, está re limpio”.

Se puede apreciar que uno de los elementos diferenciadores es la gestión de los residuos y el desecho de la basura. Los hombres del frente se han encargado de pedir más contenedores y de gestionar los recursos para la realización y mantenimiento de la calle que permite recorrer el lugar, generando mayor comodidad para quienes viven allí, un mejor acceso al negocio de la pesca y la entrada del camión recolector de la IMM. La calle y los contenedores están ubicados en la zona que identifican como frente. Las mujeres del frente se encargan de rastrillar la arena y cuidar que no se acumule basura alrededor de su vivienda. De los relatos surge que esa es la forma que han encontrado de verse como personas más limpias, trabajadoras y responsables, demostrando que no son como “los del fondo” y que en definitiva no merecen la descalificación de la que son objeto por parte de “los de arriba”.

Otra forma de establecer límites es evitar entablar relaciones de confianza con “los del fondo”. Como se señaló, algunos pescadores, sobre todos los hombres evitan el saludo y todo tipo de contacto con sus vecinos del fondo.

En el asentamiento de Los Pescadores se confirma también lo que Álvarez (2017) comprobó en sus investigaciones, en cuanto a la dificultad de sostener en el tiempo los límites simbólicos de los habitantes del asentamiento para diferenciarse de los cantegriles. En este sentido, los pescadores antiguos que en épocas pasadas lograban hacer un censo, expulsar delincuentes, o crear merenderos, expresan que en la actualidad les es imposible lograr algo así. Luego de la crisis del 2002, el asentamiento empezó a recibir personas nuevas que no acatan las reglas y cometen delitos. A esto se suma que los peces empezaron a escasear complicando la pesca artesanal. Como consecuencia, muchas familias de pescadores empezaron a emigrar hacia el este del país, abandonando el lugar. De esa forma los límites simbólicos se erosionaron y hoy día el lugar se ve mucho más poblado y precario.

La exclusión dentro del propio asentamiento se ve reflejada en la observación durante la recorrida de la zona de pescadores, en la que se puede apreciar que a medida que se avanza hacia el fondo del asentamiento, las condiciones de precariedad habitacional se van agudizando. En relación con esto, la esposa de un pescador comenta sobre el fondo:

“La favela le puse ahí, ¡ay que horrible! Un día vamos con mi marido, y miro y digo ¡Mirá todo ese rancherío ahí, por favor! Y recovecos para acá y para allá, y digo ¡ay! ¡que espantoso! Ni yo sabía que estaba todo eso ahí”.

A pesar de lo duros que puedan parecer los límites sociales que “los del frente” imponen a “los del fondo”, se puede decir también en concordancia con Álvarez (2017), que estos no son tan fuertes como los límites que los vecinos de arriba les imponen a ellos. Como se pudo apreciar al analizar las representaciones, quienes viven arriba también tratan de diferenciarse de los habitantes de otros barrios del oeste de Montevideo por considerarse superiores. Por tal motivo tratan de establecer una distancia con los pobres de su propio barrio. Como expresa la psicóloga que organiza las mesas del SOCAT, ““Los de arriba” y “los de abajo” ... a veces algunos pobladores toman términos para estigmatizar, cuando están incluidos en la misma estigmatización si hablás con alguien de Punta Carretas”.

Estos límites ejercidos por “los de arriba” hacen que cada vez más, el asentamiento sea asociado con el peligro y el crimen, hecho que se ve reforzado por el creciente estigma que causa la intervención de la policía y los medios de comunicación. Tal como se detalló en la fundamentación de este trabajo, durante la segunda mitad del año 2019 los informativos uruguayos mostraron los enfrentamientos entre bandas de narcotraficantes, tiroteos, incendios y asesinatos en la zona de pescadores.

DIFERENTES GRADOS DE EFICACIA COLECTIVA

Teniendo en cuenta los problemas de inseguridad que afectan al Balneario Pajas Blancas, es importante analizar cuáles son las respuestas sociales de cada uno de los sectores para enfrentar esta y otras problemáticas sociales. Este trabajo parte de la hipótesis de que, en un contexto de hechos delictivos e incremento de la sensación de inseguridad, “los de arriba” se organizan de manera eficiente generando mayor eficacia colectiva, mientras que “los de abajo” pierden la capacidad de responder no solo a la delincuencia, sino también a la falta de necesidades más básicas.

En cada sector de Pajas Blancas se pudo apreciar que tal como dice Sampson (2004), el grado de eficacia colectiva se vincula a la cohesión o la confianza en la colaboración conjunta, así como también al control social informal. Veremos que estas dos dimensiones se presentan con mucha más fuerza en “los de arriba”, por este motivo estos últimos son quienes demuestran también una mayor eficacia colectiva. Como veremos también, de los relatos surge que el delito, el desorden y la violencia se dan en mayor medida en el asentamiento y no tanto en la parte antigua del balneario, por lo que se confirma lo que decían Raudenbush y Sampson (1999) en cuanto a que este tipo de fenómenos se dan más en barrios con menor eficacia colectiva. Como comenta la persona a cargo de una de las instituciones educativas del balneario, es en la zona de pescadores donde “hay una ocupación en la playa, con muchísima gente que no vive de la pesca. Y, lamentablemente gente que no trabaja, y que vende [...] droga, prostitución infantil”. De este modo en Pajas Blancas se confirma una vez más que, el delito y el desorden surgen de características estructurales como la concentración de la pobreza o el alto índice de desempleo.

Por otra parte, las diferentes respuestas de “los de arriba” y “los de abajo” están relacionadas al “efecto barrio” de Sampson (2004) visto en el marco teórico, elemento que explica por qué ambas partes poseen capacidades desiguales entre sí para mantener el orden o conseguir sus objetivos particulares, siendo también la participación ciudadana tan distinta.

En cuanto a lo que arroja el trabajo de campo sobre las dos dimensiones principales de la eficacia colectiva, en primer lugar, en relación con el control social el alcalde del Municipio A cuenta que recibe desde hace años muchos reclamos de “los de arriba” por motivos varios, a modo de ejemplo menciona a un vecino que denuncia a otro debido a que “cortó los matorrales y tapó la cuneta”. Estas denuncias entre vecinos las realizan los que viven arriba, quienes no solo se denuncian entre ellos, sino que también denuncian a “los de abajo” cuando ven asomar sobre el médano alguna nueva construcción. Si bien ningún habitante de la parte antigua del Balneario reconoció personalmente haber realizado denuncias en el Municipio, la mayoría parece tener una actitud

vigilante hacia las conductas de sus vecinos. Muy frecuentemente reconocen sí haber tomado venganza cada vez que vieron que alguien tiraba la basura en su vereda o frente a su casa, siendo algo muy común que se “la devuelvan” al dueño, depositándosela nuevamente en su propiedad. Algunos se hacen cargo de ir a limpiar basurales hechos por otros vecinos, o se juntan en grupos para cortar matorrales y hacer limpiezas, con el fin de cuidar la apariencia de su entorno.

Otro punto está relacionado a las acciones que se toman ante los niños que se encuentran en situación de vulnerabilidad. No fueron pocos quienes aseguraron que a causa de la pobreza en el asentamiento existe prostitución de menores. En la mayor parte de las entrevistas y el grupo de discusión se remarcó el caso de una madre que habitaba en el asentamiento de Los Pescadores en condiciones de hacinamiento en una vivienda muy precaria de Techo, con canilla afuera y sin baño, a quien INAU retiró la tenencia de sus ocho hijos. Desde las instituciones educativas a las que estaban vinculadas los menores, se aclara que INAU recibió innumerables llamadas a la línea azul procedentes del balneario, debido a que los niños estaban todo el día en la calle, pidiendo, hablando con extraños, pasando frío y en malas condiciones de higiene y alimentación. En los grupos de WhatsApp del balneario, los vecinos de arriba hablaban muchísimo sobre la indignación que les provocaba tal situación.

Por último, un hecho no menor en lo que al control refiere, son las páginas de Facebook y de WhatsApp del barrio. Sobre el uso de estas redes, en primer lugar, se puede apreciar que son terreno fértil para que se generen discusiones entre “los de arriba” y “los de abajo”. En muchas ocasiones los vecinos de la parte antigua culpan de algún hecho sucedido a la zona del asentamiento, lo que genera en los pescadores con mayor trayectoria, la necesidad de defenderse, terminando en enfrentamientos que generan violencia simbólica. Los grupos en las redes son empleadas para la sanción social y para ejercer el control social. En estos los vecinos se alertan unos a otros sobre variados temas, como animales sueltos, “caras peligrosas”, delitos cometidos, niños en peligro, entre otros. A modo de ejemplo se cita a una mujer que compartió en un grupo de WhatsApp la siguiente alerta:

“Buenos días gente, quería informar que hay un auto gris, pasando por Camino Sanguinetti y Punta Espinillo, [...] realmente no me gustaron las caras, es la tercera vez que los veo pasar, están dando vuelta las manzanas, [...] si pueden pasar el dato y estar al alpiste, realmente eran caras muy, muy feas”.

No se observan en cambio este tipo de controles entre los vecinos de abajo. Como ya se detalló, los vecinos que habitan la zona de Los Pescadores no realizan ningún tipo de denuncias por miedo a represalias.

En lo que tiene que ver con el tema de la basura, un problema que afecta gravemente a la población de pescadores, los vecinos del lugar se muestran resignados ante la imposibilidad de una mejora, ya sea porque el municipio no les brinda la cantidad de contenedores suficientes, o porque “se dieron por vencidos” ante lo que ven como “la falta de educación de “los del fondo” a quienes según indican “no les importa nada”. Algunos se limitan a juntar y barrer en su propio espacio, pero se despreocupan del resto del entorno que los rodea. El control entre vecinos es casi nulo en el asentamiento, ganando el hermetismo como estrategia de supervivencia.

En lo que respecta a la cohesión social, nuevamente se verifica una gran diferencia a favor de “los de arriba”. Coincidiendo con Elías y Scotson (2016) en Winston Parva, los establecidos son quienes se muestran más unidos como para iniciar una tarea en búsqueda de logros en común. Según el alcalde han logrado generar colectivos muy interesantes: 1) los adultos mayores que trabajan mucho por el barrio y actualmente están en un proyecto de adquirir una casa comunitaria que atienda cuestiones culturales en general y no únicamente relacionadas a la tercera edad. 2) un colectivo que se reúne a trabajar en la iglesia, ayudando a familias carenciadas de la zona de pescadores y de otras zonas del balneario. 3) el club de baby fútbol Pablan, el cual habiendo surgido de un presupuesto participativo y con apoyo de mano benévola del barrio ha logrado ser visto como ejemplo por cumplir con todos los requerimientos legales que debe cumplir un club de fútbol, destacándose por su infraestructura (una cancha cercada, con buen césped y gradas), y por el seguimiento de los niños que atiende. 4) la policlínica comunitaria, construida por los mismos vecinos y llevada adelante por una comisión de vecinos que la administran y atienden de manera honoraria. 5) el Colectivo La Placita, compuesto por vecinos que se juntan asiduamente a mantener y mejorar una plaza con juegos de madera contruidos por sus propias manos, organizando espectáculos y festivales, en los que artesanos tienen la oportunidad de dar a conocer y vender sus productos. 6) el grupo que se juntó para trabajar para la buena convivencia y con el fin de recaudar dinero para la compra de cámaras de videovigilancia. Son los vecinos de arriba quienes participan de todas las mesas del SOCAT no solo en beneficio individual sino también por un bien colectivo. No se observa la misma confianza entre los vecinos de abajo. Por un lado, en el asentamiento la mayoría de las personas tienen muy poco tiempo de residencia. Por otro lado, en las entrevistas observan que debido a la inseguridad y el miedo se ha generado gran desconfianza entre los habitantes. Una mujer que hace más de 30 años vive en la zona del frente de Los Pescadores expresa que permanentemente está llegando gente nueva al asentamiento debido a que “la gente te dice,

mirá que vos acá no pagás luz, tenés cable, vas para el fondo, te armas una carpa, dormís esa noche en una carpa. Al otro día venís con un camión, ya te mudaste, te metiste”. Cuando se le pregunta si la gente que llega es de confianza o es complicada demuestra miedo bajando el volumen de su voz, señalando la grabadora y contestando “yo tengo hijos”. Otro pescador que vive en el asentamiento hace varias décadas agrega que no suele hablar ni relacionarse con nadie a excepción de su reducido grupo de compañeros de la pesca y agrega

“Nos tratamos con los pescadores de toda la vida, después no tenemos relación con nadie, o sea, ni nos miramos, [...] ni una relación de decirnos ni hola, ni saludarnos. Como no conocemos, gente que no conocemos, no. Como que no queremos darles entrada, para que después digan, son los pescadores que están metiendo esa gente. En sí, pescadores seremos 15 familias”.

Salvo la excepción de una o dos personas, los vecinos de abajo no logran sostener la participación en ningún colectivo. Un pescador comenta

“no somos muy unidos, no, somos grupos, [...] de cuatro o cinco... porque a la mayoría de la gente no le importa nada, ni vivir entre la mugre, ni tener limpio, ni nada. No les importa”.

Ante esas circunstancias, actualmente a “los de abajo” les es muy difícil generar cohesión entre los habitantes. Pero esto no siempre fue así, ya que, en el pasado, los que hoy residen en el frente del asentamiento también obtuvieron sus logros. 1) muchas décadas atrás realizaron un censo propio por el cual lograron registrar a cada una de las personas que allí vivía, teniendo muy claro cuántos eran dueños de barcas y se dedicaban a la pesca. 2) durante la crisis del 2002 organizaron un comedor al que concurrió también gente de arriba. 3) lograron legalizar la conexión de contadores de OSE. 4) obtuvieron el apoyo de la IMM para la realización de una calle que recorre el asentamiento a lo largo de la playa donde están ubicadas las barcas. Sin embargo, esos logros quedaron en el pasado, ya que en el presente no logran cubrir sus necesidades más básicas. Desde TECHO, la persona que estuvo a cargo de un relevamiento realizado en 2017 cuenta que se estaba trabajando con ellos para conseguir focos de luz que iluminaran su calle. Sin embargo, la ONG señala que desistió de la tarea debido a que le fue imposible lograr que los vecinos del asentamiento se interesaran en participar de las reuniones.

Durante el transcurso del trabajo de campo, se habló con la única vecina del asentamiento de Los Pescadores que en ese momento se encontraba trabajando como secretaria honoraria en la

policlínica comunitaria de la zona. Ella explicaba que sus vecinos se niegan a hacer trabajo voluntario debido a que hay mucha gente de abajo

“que se siente discriminada porque son pescadores, que uno vive más humildemente y... capaz que eso mismo, yo porque soy distinta, yo vivo ahí abajo en la zona de pescadores, pero me considero que soy igual que los demás, [...] yo no discrimino a nadie. Aparte vivo ahí abajo.

Salvo este caso excepcional, cuando se indaga a “los de abajo” sobre los motivos de su falta de participación, dejan ver una gran apatía y un fuerte descreimiento producto de algunos intentos fallidos por cubrir sus carencias. A modo de ejemplo se puede recordar sus esfuerzos en vano por intentar legalizar su conexión a la red eléctrica de UTE, siendo dejados de lado por esta empresa estatal aun estando en conocimiento de que en todo el asentamiento se conectan de forma ilegal y sin cumplir los requisitos mínimos de seguridad.

Desde el homicidio de Luis Pizarro detallado anteriormente cada sector cambió su actitud con respecto a la seguridad. En primer lugar, en “los de abajo” generó miedo, motivo por el cual ni siquiera se atreven a denunciar los delitos de los que son víctimas o testigos. Tampoco se unen a las acciones que toman “los de arriba” para obtener una mayor seguridad. Explican que el último valiente que se atrevió a hacer algo contra los delincuentes fue Luis Pizarro. Una mujer “del frente” en la zona de pescadores se niega a participar y dice que los que cometen delitos “son intocables, porque ya hicieron allanamientos, hace dos años, pero son intocables. [...] tenés que hacer silencio”, expresando el miedo a represalias”. En segundo lugar, “los de arriba” comenzaron a reunirse y a organizarse para trabajar por la seguridad. Desde el 2015 a la fecha, han hecho reuniones, han creado grupos de alerta en WhatsApp, han cortado calles y llamado a la prensa reclamando, y hasta organizado un festival para la compra de cámaras, llegando a recaudar noventa mil pesos uruguayos en una tarde. “Los de arriba” logran inhibir el delito en su sector realizando acciones para mantener el orden y la seguridad, utilizando mecanismos de control social informal con los que logran prevenir el vandalismo.

Por último, es importante tener presente que, a la luz otros estudios locales vistos en los antecedentes de este trabajo, quienes participan de las acciones comunitarias son quienes quedan comprendidos dentro de la categoría “vecino”. El problema radica en que no alcanza con vivir en el barrio para ser considerado un vecino. Se verificó que quienes participan en las organizaciones de vecinos de Pajas Blancas son siempre personas mayores de 40 años que viven en la zona de arriba del balneario. Los hallazgos en Pajas Blancas coinciden con todos los antecedentes que

afirman que los más jóvenes y pobres quedan fuera de la categoría vecino por ser estigmatizados como los más peligrosos, culpabilizados de los problemas de inseguridad y asociados a la delincuencia. Las personas que viven en el asentamiento de Los Pescadores, los adolescentes y los jóvenes no participan de las propuestas. “Los de arriba” juzgan negativamente la falta de interés de “los de abajo” por participar en grupos y trabajar por el barrio. Se los acusa de esperar “que les den todo”. Al igual que demostró Rubio (2014) en las mesas de convivencia, quienes participan lo hacen a través de un “falso nosotros” en un espacio que pretende ser accesible a todos, pero no lo es ya que no logra la participación de todos. Los vecinos de Pajas Blancas no problematizan la no participación de sus pares. Una de las personas que trabajó en el grupo por la seguridad, expresa con enojo:

“¿por qué no entraron ellos? el grupo fue abierto. Jamás a nadie se le cerraron las puertas [...] se puso en el Facebook de PB que se estaban haciendo las reuniones y dónde se hacían, es decir que si hubieran querido hubieran participado”.

Para finalizar este apartado, se menciona también que en el balneario se comprueba también lo dicho por Rossal y Fraiman (2009) en cuanto a que la participación de los vecinos y su diálogo reproduce los estigmas y refuerza lo que se proponía resolver”. Como se puede apreciar, en el balneario “los de abajo” no solo no participan, sino que además se sienten señalados cuando alguien de arriba afirma por ejemplo que “ellos [...] acceden a todo lo que se logre, pero no participan en el logro, participan después del beneficio, pero no hacen nada por lograrlo”.

VIDAS PRECARIAS Y ESTADO DE EXCEPCIÓN

En esa constante reproducción del estigma “los de abajo” son descalificados y señalados como malos sujetos que viven fuera de las normas. Desde este punto de vista, “los de arriba” son quienes viven vidas ordinarias, insertos en un juego de normas que genera un orden en común de lo cotidiano, un orden que es producto de una trayectoria social “normal”. En cambio, “los de abajo” viven “vidas precarias” (Le Blanc, 2007), puesto que sus trayectorias han sido discriminadas y sancionadas por los establecidos que viven en la parte antigua del balneario.

Es cierto que la precariedad no es exclusiva de “los de abajo”, ya que de las entrevistas surge el relato sobre personas que viven marginadas en la parte antigua del balneario. A modos de ejemplo puede ser tenido en cuenta un hombre que vive en condiciones de pobreza estructural a quien se le incendió la casa, recibió importantes donaciones del barrio, pero según relatan los entrevistados no las aprovechó y por eso es excluido y estigmatizado.

“...cuando se le quemó la casa a... [...] se hizo una movida y se logró cantidad de cosas, de construcción de ropa, de todo, pero fue una mala experiencia. [...] El tipo quería que le dieran y le dieran cosas, pero cosas hechas, no quería los materiales, quería que alguien le hiciera la casa, y fue una mala experiencia para todo el mundo, y el que se quema con leche...”.

No todas las personas que viven en condiciones de exclusión y segregación residencial tienen que llevar adelante vidas precarias. Sin embargo, es claro que tienen más probabilidades de vivir en precariedad y que sus vidas se vuelvan más vulnerables. Uno de los factores que lleva a las personas a la precariedad es la falta de trabajo, y en el sector de Los Pescadores, el índice de ocupación es bajo, solo un 49 %.

En el sector de pescadores hay gente que vive con unas chapas montadas en la arena, gente que no tienen ni las más mínimas comodidades. Como relata una persona del fondo levantó

“un ranchito. A un vecino se le quemó el rancho y nos vendió las chapas, todas quemadas, todas agujereadas, y yo ahí, para tener dos niños es imposible. Quisimos irnos para tener algo mejor. Mi marido repartió currículum en todos lados, pero si no tenés carné de salud, no tenés nada no te dan. [...] muy en la arena no me gusta vivir. Porque ellos pasan todo el día comiendo arena...el nene mío está en la arena, y a lo que hay pulgas se brota todo”.

Otra vecina de arriba agrega:

“Llegamos al extremo de que una de las nenas un día llegó a la escuela, se sentó, después empezó a temblar, no sabían que pasaba, y era que estaba muerta de frío, era invierno, estaba con la túnica, un shorcito abajo, sandalias, y la tuvieron que poner en una palangana con agua caliente para que la chiquilina entrara en calor. Y de esas, cantidad”.

Entre “los de abajo” se encuentran muchas personas que no tienen donde vivir o que están desocupadas. La precarización laboral, la pobreza, y la incertidumbre ante el futuro, generan vidas que son marcadas con una identidad negativa. La vida precaria vive un tiempo sin futuro, es incierta, su valor como vida no está asegurado. La precariedad social genera luego fragilización y sufrimiento social, lo que desemboca en un sufrimiento psíquico. La precariedad social intensifica la vulnerabilidad, cuando incrementa el sufrimiento social con el sufrimiento psíquico, y a su vez, la vulnerabilidad social, encuentra su expresión máxima en la vulnerabilidad vital.

Le Blanc (2007) agrega que el precario no es el autor de su precariedad, pero se lo responsabiliza de sus males, fortaleciendo el desprecio social hacia estas vidas precarias, y expresando violencia. Se puede confirmar este concepto en una entrevista a una mujer de arriba quien piensa que los vecinos del asentamiento viven así porque

“Es la educación, la forma de vida, el acostumbrarse a eso, pensar que es esa la vida, de esa manera y no hay otra, y no tener voluntad de salir ni aspiraciones, precisamente por la falta de educación. [...] la falta de educación que les impide el pensar, querer superarse”.

“Los de abajo” se empiezan a visibilizar a sí mismo como personas muy fragilizadas y en desamparo social. Así se van replegando dentro de un círculo cada vez más y más acotado. Les cuesta salir de esa situación, ya que según Le Blanc (2007), si bien las vidas ordinarias están en una tensión entre dos polos que son la vulnerabilidad y la autonomía, en los precarios la lógica creadora no funciona, ganando la vulnerabilidad. La fragilización de sí mismo, genera una fragilización de la capacidad creativa del yo. Una vida tiene dificultades para desarrollarse cuando ya no encuentra justificación social evidente. En general, a “los de abajo”, y más aún a “los del fondo”, les cuesta organizarse para obtener mejoras debido a que sus “capacidades creadoras de la vida” fracasaron. Cuando eso sucede, cualquier vecino de arriba se siente en el derecho de hacer sentir su desprecio y expresar un discurso violento sobre ellos.

Los establecidos humillan a quienes tienen vidas precarias cuando, tal como afirma Le Blanc (2007), hacen pesar sobre ellos una duda en cuanto a su inscripción real en el género humano. Eso es lo que pasa en la precariedad. La autodefinición de sí mismo se encuentra ampliamente conectada con los procedimientos de respeto o humillación con los que una sociedad se manifiesta con respecto a ese yo: la integridad de una persona depende de cómo la trata la sociedad. Como expresa un pescador artesanal, cada vez que los vecinos de arriba culpan a los pescadores por la delincuencia instalada en el barrio, ellos sienten que les “tiran la autoestima por el piso”. Esto está relacionado a lo afirmado por Elías y Scotson (2016), con relación a las poblaciones estigmatizadas y excluidas que no pueden defenderse ni contraatacar debido a que piensan sobre ellos mismos del mismo modo que lo hacen sus atacantes. Como prueba de ello, se puede apreciar que un pescador, dueño de una barca, le da la razón a “los de arriba” explicando que es cierto que “los de abajo” tienen feo aspecto: “el mal aspecto somos nosotros, [...] por el trabajo nuestro y [...] porque somos puntualizados por la boca, [...] porque yo también la señalo, nosotros también lo señalamos”. Se genera así una herida social que causa vergüenza e indignación, des socialización, humillación y

fastidio. La persona se ve obligada a salir del juego social y sentirse en “ninguna parte”, que es la ausencia de vida social que genera sufrimiento psíquico. De ese modo corren el riesgo de morir.

La muerte puede ser real, como delataban los titulares del día 1° de octubre de 2019 “ejecutaron a dos personas que vendían drogas y luego incendiaron la vivienda” en el asentamiento de Los Pescadores de Pajas Blancas. Pero también puede ser una muerte social o simbólica, al transformarse en gente a la que nadie le importa, que no es escuchada, como si estuviera “muerta en vida”. Mientras las voces de “los de arriba”, los establecidos que viven vidas ordinarias e integradas son escuchadas, las voces de “los de abajo” son silenciadas, y “los del fondo” se convierten en “los sin voz”, vidas relegadas al olvido, cercanas a la muerte social, muertos en vida. Son invisibilizados, privados no solo de voz, sino también de rostro. Pierden el reconocimiento social por descalificación, y terminan en una precariedad extrema.

Hasta ahora se ha podido comprender que quienes viven en el asentamiento de Los Pescadores son invisibilizados, descalificados, humillados, segregados residencialmente y excluidos por fuertes límites simbólicos, viviendo así vidas precarias que limitan su capacidad creativa, causando de ese modo una nula eficacia colectiva. Quienes los segregan son los establecidos que viven en la parte de arriba del balneario. En términos de Agamben (2006), los establecidos, es decir quienes viven en la parte antigua del balneario, el polvorín y los condominios, “juegan el juego del soberano”. Del mismo modo, los marginados que viven en el asentamiento de Los Pescadores representan al homo sacer. De esa forma, cuando los establecidos consideran que “los de abajo” son los culpables de los delitos en el balneario, determinan la “nuda vida” y actúan de manera en la que por acción u omisión dejan morir a “los de abajo” sin considerarse homicidas. Así el pueblo encarnado en “los de arriba”, juzga a “los de abajo” y como homo sacer los expulsa, relegándolos a la exclusión, como si no existieran en el territorio del barrio, y en definitiva en el territorio del estado todo. Por ese motivo, continuando con la línea de Agamben (2006), es posible afirmar que quienes residen en el asentamiento de Los Pescadores se encuentran en situación de excepción, son vidas desprotegidas, no reconocidas por el orden jurídico-político. En este sentido, los mismos pescadores expresan que intentando solucionar los problemas de delincuencia de su sector han “denunciado en todos los entes, en prefectura, en la (seccional) 23, lo hemos denunciado con el alcalde, [...] y no hay caso, nadie toca esta parte”. Desde este punto de vista, los asentamientos pueden ser tomados como marcos de un estado de excepción en el que se suspende la ley para garantizar la continuidad o la existencia de la propia ley. Como señala Calveiro (2008), luego de la vuelta a la democracia de las sociedades latinoamericanas, las excepcionalidades continuaron existiendo en forma de expulsión de una parte “prescindible” de la población hacia los márgenes de la sociedad, fomentando en ellos la delincuencia. De este modo, el asentamiento de Pajas

Blancas también es un espacio de excepción, en donde se suspende toda protección de la ley para dar lugar a la violencia estatal, pudiéndose ver en alguna medida, como un campo de concentración en el que “todo se vale”, desprovisto de norma y asegurado por el mismo orden jurídico. Es pertinente tener en cuenta el doloroso pasado del pueblo pesquero de Pajas Blancas, cuyos pobladores vieron como el estado destruía sus viviendas sin brindarles ninguna solución a cambio, dejándolos en la más precaria situación.

“...fueron mejorando su condición, edificándose con bloques y ladrillos, hasta que el gobierno militar derribó con topadoras las casas erigidas por los pescadores. Aunque el impacto [...] debió haber sido muy duro para los trabajadores de la pesca, no abandonaron el lugar, y continuaron viviendo, nuevamente, en modestos albergues habitacionales de madera y chapa. Una vez derrocado el gobierno de facto, y en forma paulatina, las casas volvieron a levantarse con bloques y ladrillos” (Rivoira, 2014, p. 78).

En la actualidad, a modo de ejemplo ilustrativo se puede citar el caso de la UTE. Como ya vimos anteriormente, desde hace años los pescadores han intentado legalizar su conexión a la red de energía eléctrica del estado adquiriendo contadores de manera legal. La UTE siempre les ha negado ese derecho porque según cuentan los pescadores, la mayoría de las viviendas no cumplen con las mínimas medidas de seguridad, pudiendo así ocasionarse un incendio. Es decir que la UTE impide la conexión legal justamente para cumplir con los requisitos reglamentarios. Sin embargo, todas las viviendas precarias del asentamiento tienen conexiones ilegales instaladas de manera muy peligrosa y todas las autoridades incluyendo a la misma empresa estatal, están en conocimiento del hecho. Es un claro ejemplo en el que el estado suspende la ley para garantizar la continuidad de la propia ley. Al mismo tiempo, la IMM no da respuestas a los graves problemas de los basurales de la zona, ya que solo dos contenedores no alcanzan para que toda la población que allí reside deposite sus residuos domésticos y mucho menos si a estos se agregan los desperdicios generados por la pesca.

Por último, la situación se agrava por el hecho de que la policía no interviene en el asentamiento debido a que la jurisdicción corresponde a Prefectura. El lugar cuenta con un destacamento con solo un efectivo y existe solo un móvil para atender situaciones que se generan en toda la zona oeste. Como consecuencia es un espacio que tiene un vacío de autoridad que prácticamente no se controla ni por Prefectura ni por el Ministerio del Interior.

El 1° de octubre de 2019, los medios de comunicación anunciaban que habían sido ejecutadas dos personas que vendían droga y luego incendiaron la vivienda, calcinando los cuerpos. Nunca se supo

los nombres de los fallecidos, jamás se volvió a hablar en la prensa de ellos, nadie pidió justicia. Como dice un pescador antiguo, “a los muertos acá no los reclama nadie”.

CONCLUSIONES

Este estudio permitió analizar la segregación, un tema clásico de la sociología que se da tanto a nivel de la ciudad como de los micro territorios que la componen. Se trató de un análisis de segregación residencial en un contexto local en la periferia del oeste de Montevideo. Si bien existen diferentes tipos de segregación este es un caso de diferenciación socioeconómica en el que se pudo constatar que el grupo de más bajos ingresos se concentra en determinado sector del territorio. Coincidiendo con la explicación de la teoría crítica de Harvey (1977) la segregación en la localidad estudiada nació como producto del sistema capitalista y las relaciones de mercado. El asentamiento en cuestión se inició como consecuencia de un problema estructural, causado por las diferencias de poder generadas por la economía, que obligaron a muchas personas a instalarse en la costa buscando en la pesca un medio de subsistencia.

El orden social desigual entre unos y otros no solo ha perdurado a través del tiempo, sino que se ha ido agudizando, convirtiéndose en un problema muy difícil de erradicar. Las diferencias de estatus y poder entre los habitantes de las distintas áreas estuvieron presentes desde el inicio del asentamiento, cuando no existía la delincuencia, las familias ocupantes dedicadas a la pesca artesanal eran muy pocas y casi no alteraban el ecosistema del lugar con su presencia. Sin embargo, a medida que el asentamiento fue creciendo y los problemas de inseguridad fueron aumentando, la descalificación hacia “los de abajo” también incrementó. Esto se debe a que con el correr del tiempo ese espacio terminó convirtiéndose en lo que Burgess (1967) llamó el “área de deterioro”, es decir el lugar donde se concentra la pobreza, las condiciones habitacionales son extremadamente precarias, hay desorden y delincuencia y las personas llevan una “vida libre” o con poco control social. Esta área de degradación es un fenómeno que ha ido en aumento, evidenciando una brecha cada vez más amplia entre “los de arriba” y “los de abajo”.

Se encontró, además, que la segregación fue operando de manera fractal, ya que lo que en principio parecía ser un relacionamiento hostil entre únicamente dos sectores, “los de arriba” y “los de abajo” que constituyen un “nosotros” que excluye a “los otros”, se transformó luego en una interdependencia entre tres grupos. Durante la investigación emergió un nuevo elemento: “los de abajo” subdividen su territorio en “frente” y “fondo”. Los que viven al fondo son los últimos en llegar y los más excluidos, estigmatizados y despreciados por todo el Balneario. No solo se encuentran al margen de ese “nosotros” sino que también están por fuera de “los otros”,

conformando un “aquellos” que ocupan el lugar de quien está “espacial o temporalmente alejado de la persona que habla y de la persona con quien se habla” (RAE, 2019). Los primeros en ocupar el asentamiento, en su afán de salirse de su posición de excluidos, se corren de ese lugar posicionándose como “los del frente” y denigrando a “aquellos” del fondo. A diferente escala, también “los de arriba” señalados por habitantes de los barrios montevideanos no periféricos como gente no valiosa que carece de hábitos de trabajo o se vincula a la delincuencia, intentan diferenciarse poniendo un límite a “los de abajo”.

Todas estas formas de exclusión se dan a través de límites simbólicos. En el pasado la realización de censos y la expulsión de todo aquel que no se dedicara a la pesca y/o se vinculara a la delincuencia, era el límite que “los del frente” imponían a “los del fondo”. Sin embargo, a medida que los límites impuestos por los establecidos a “los de abajo” se tornaron más fuertes, a “los del frente” se les hizo cada vez más difícil establecer límites con “los del fondo”, siendo actualmente, la gestión de basurales y la negación de vínculos de confianza, los únicos límites posibles. “Los del frente” comenzaron a emigrar, “los del fondo” fueron ganando lugar, y el asentamiento se volvió cada vez más poblado y precario, aumentando la desigualdad.

Se detectaron una serie de configuraciones a través de las cuales se ha venido perpetuando ese orden desigual que mantiene a “los de abajo” en notorias desventajas en lo que respecta a niveles socioeconómicos y culturales. En primer lugar, mientras que Elías y Scotson (2016) encontraron en el tiempo de residencia el factor que explicaba la diferencia de poder entre establecidos y outsiders, en Pajas Blancas el tiempo de residencia por sí solo no permite comprender las formas de relacionamiento que generan segregación residencial y estigmatización entre los establecidos “de arriba”, y los outsiders o marginados “de abajo”. Si bien es cierto que hay mucho recelo hacia los nuevos, como se pudo apreciar, las familias nuevas que llegan a instalarse en El Polvorín son bien recibidas e integradas. Cuando al poco tiempo de residencia se suman también la imposibilidad de habitar un terreno legal que empuja a los nuevos a instalarse en el asentamiento, y la falta de una fuente laboral que genere ingresos de manera estable, aparece la exclusión.

Otro elemento generador de desigualdad que es mencionado por Elías y Scotson (2016) y que es especialmente importante entre los pobladores de Pajas Blancas es el recuerdo colectivo de un pasado mejor, que da vida a una imagen de vecino ideal añorada por todos, incluso por quienes no vivieron esa época, pero que, habiéndose integrado a su grupo, toman como suyo el deseo de esa imagen. Entre “los de arriba” corresponde a gente de nivel socioeconómico alto, mientras que en “los de abajo” se relaciona a una vida honesta vinculada a la pesca artesanal. Para todos significa añorar una época de seguridad extrema en la que se podía “dormir con la puerta abierta”. Los recién llegados que están en concordancia con esa imagen son bien recibidos. Pero quienes llegan a

instalarse en el fondo son desplazados y denigrados por ser vistos como una amenaza que va en contra de esa imagen ideal.

Asimismo, la desigualdad crece cuando a los marginados se les imponen barreras que los empujan a vivir lo que Le Blanc (2007) describe como vidas precarias, generando en ellos fragilización y sufrimiento psíquico y social. “Los de abajo”, expuestos a la vulnerabilidad vital, invisibilizados y sin voz, se convierten en “muertos en vida”. Nadie se preocupa por ellos, ni sus vecinos ni el estado. Nadie los escucha. Representan al “homo sacer” de Agamben (2006) por estar privados de los derechos humanos que sus vecinos de arriba sí gozan. Viven sus vidas en un asentamiento que permanece en un constante estado de excepción, con ausencia de la ley, separados del Estado-Nación. Se les puede dejar morir impunemente, sin que nadie los reclame. Se confirma así la afirmación de Agamben (2006) sobre la “guerra civil” que divide a los pueblos y ciudades con una “escisión biopolítica”, ya que de manera sutil los territorios parecen llevar adelante un enfrentamiento simbólico que no permite soslayar esa brecha de desigualdad que va en aumento. Por otra parte, esta investigación permitió comprobar que el grupo marginado en condiciones desventajosas sufre lo que Elías y Scotson (2016) llamarían un “efecto paralizador”: perdió lo que para Le Blanc (2007) serían sus “capacidades creadoras”, no pudiendo dar respuesta ni movilizar sus recursos para organizarse en contra de la inseguridad que tanto afecta a “los de abajo”. Pajas Blancas cumple la premisa de Sampson (2004) según la cual la eficacia colectiva de una comunidad se vincula con los delitos que suceden en la misma. Los establecidos del balneario demostraron gran eficacia colectiva padeciendo en mucho menor medida los efectos de la inseguridad, mientras que quienes viven en el asentamiento han sido víctimas silenciosas de hechos delictivos que han quedado impunes dado que no han logrado siquiera unirse u organizarse para la concreción de una denuncia. Este trabajo dejó en evidencia que “los de abajo” no realizan control informal ni demuestran tener la cohesión necesaria para inhibir el delito y el desorden. Además, en su sector hay una alta concentración de la pobreza y un alto índice de desempleo, problemas que según Sampson (2004), favorecen la aparición de los delitos y el desorden. De esta forma los excluidos han perdido toda capacidad de lograr sus objetivos a través de la participación ciudadana. Se comprueba entonces que el orden desigual se perpetúa también en la forma en que cada sector ha avanzado en sus formas de organización: la creciente sensación de inseguridad ha generado el aumento de la eficacia colectiva en los establecidos y un debilitamiento de la capacidad creadora en “los de abajo”.

Se detectaron también otros mecanismos que operan como paralizadores de la capacidad creadora de los vecinos excluidos en el asentamiento. Uno de estos es la culpabilización de las víctimas. Se responsabiliza a los pobres y jóvenes del asentamiento por la entrada de la delincuencia, siendo

justamente ellos los más perjudicados por la inseguridad objetiva resultante. El miedo paraliza a las víctimas y les impide denunciar y tomar acciones para contrarrestar los delitos, generando impunidad y hermetismo sobre esos hechos. Otro factor es la profecía autocumplida que logra que los excluidos, al sentirse rechazados y por fuera de la categoría “vecino” se visualicen a sí mismos del mismo modo en el que son vistos por los establecidos y terminen comportándose como es esperado: desordenados, desorganizados, y “sin cabeza” para salir adelante. Esto se refuerza por otro elemento que es el descreimiento en las instituciones que podrían dar respuesta a sus necesidades. La ausencia del estado reflejada en la negación de servicios esenciales por parte de empresas públicas obliga a conectarse a los servicios de manera ilegal socavando la autoestima de las personas que son acusadas de “robar” lo que otros pagan. El vacío de autoridad en el que están difusas las jurisdicciones por parte de Prefectura y Ministerio del Interior crea en los habitantes un sentimiento de total desprotección y angustia.

Como vecina cuya familia ha estado integrada durante 4 generaciones a la población establecida en la parte antigua del balneario, trabajando en el Centro Juvenil de la zona y formando parte de algunos grupos organizados de manera voluntaria, quien escribe ha sido testigo de la relación hostil entre establecidos y excluidos. Pajas Blancas es una comunidad “cerrada” desde una época muy antigua en la que literalmente se cortaba la entrada a extraños con unos portones que se abrían solo para recibir a la gente deseada. Físicamente esos portones ya no existen, quedando hoy en día dos pilares que los representan. A pesar de esto, simbólicamente continúan existiendo y se abren para dejar entrar a todo aquel que no es visto como una amenaza al ideal del buen vecino del balneario. Del mismo modo, la invitación “abierta a todos” que “los de arriba” realizan cuando se unen para trabajar por diversas causas, encubre el sentimiento de “dar por hecho” que únicamente los vecinos establecidos lo harán. No solo nadie espera contar con la participación de “los de abajo”, sino que, además, cuando alguien se acerca le hacen sentir su rechazo fortaleciendo la estigmatización y resquebrajando su capacidad creadora. “Los de arriba” continúan sintiéndose en el derecho de volcar su desprecio y expresar un discurso violento sobre “los de abajo”, haciendo que la humillación recibida afecte la autodefinición de los excluidos. Estos últimos se ven a sí mismos como incapaces de obtener logros, al punto que ni Políticas sociales como los Equipos Territoriales de Atención Familiar (ETAF) o las mesas de los Servicios de Orientación, Consulta y Articulación Territorial (SOCAT), ni la organización TECHO han logrado promover la participación ni han podido fortalecer las capacidades de la comunidad para lograr mejorar las condiciones de vida del asentamiento. Las intervenciones de la policía y la prefectura tampoco han obtenido logros en lo que respecta a terminar con los hechos delictivos. Por lo tanto, sería necesario repensar la situación en términos de lo que Harvey (1977) llamaría “oxígeno”, replanteando las teorías a la luz de

acciones futuras que permitan un cambio más humano que por fin otorgue dignidad a los excluidos, ya que las pocas o nulas acciones tomadas hasta ahora han demostrado no ser efectivas en la búsqueda de una solución.

Se puede decir entonces que se comprueba la hipótesis que guía a este trabajo. El aumento de los hechos delictivos y la sensación de inseguridad hacen que las comunidades establecidas se organicen de manera más eficiente, generando una mayor eficacia colectiva. Por el contrario, cuando la delincuencia se incrementa golpeando en mayor medida a quienes viven vidas precarias que son marginadas y estigmatizadas, actúa debilitando aún más su capacidad creativa y anulando su eficacia para cubrir sus necesidades más básicas. Esto hace que se perpetúe el orden desigual que lleva a “los de abajo” a vivir en un permanente estado de excepción, en el que sus vidas precarias no son valoradas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- **Agamben, G.** (2006). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Ed. Pre-Textos.
- **Aguiar, S.** (2017). *El límite. Sobre la segregación urbana en contextos locales*. Papeles del Ceic, vol. 2017/2.
- **Aguiar, S.** (2016). *Acercamientos a la segregación urbana en Montevideo*. Colibrí, UDELAR.
- **Aguiar S., Chouhy G., y Noboa L.,** (2009). *Las marcas de clase de la inseguridad ciudadana: juventud y pobreza*. Revista de Ciencias Sociales, vol.22, n.25, pp. 46-59
- **Álvarez, M.** (2017) *La debilidad de los préstamos simbólicos: el manejo de la exclusión entre los ocupantes ilegales de Montevideo*. International Journal of Urban and Regional Research.
- **Álvarez, M.J** (2019). *Políticas en los márgenes. Asentamientos irregulares en Montevideo*. Editorial U. de los Andes.
- **Balbis, A.** (2009) *Prevención del delito mediante la participación ciudadana, ¿es posible?: aproximación al análisis de las propuestas desarrolladas en nuestro país*. Colibrí, UDELAR
- **Batthyány K, Cabrera M.** (2011). *Metodología de la investigación en Ciencias Sociales Apuntes para un curso inicial, Universidad de la República*.
- **Bourdieu, P.** (2013) *La nobleza del estado. Educación de élite y espíritu de cuerpo*. Buenos Aires: Ed. Siglo XXI
- **Burgess, E. et al** (1967) *The city. University of Chicago press, Chicago*. Capítulos II y III.
- **Calveiro, P.** (2008) *Estado, estado de excepción y violencia*. Revista de Ciencias Sociales, v.21, n.24, pp. 95-100.
- **Elías, N. y Scotson, J.** (2016) *Establecidos y Marginados*. México D. F.: Ed. Fondo de Cultura Económica
- **Fraiman R. y Rossal M.** (2009) *Si tocás pito te dan cumbia. Esbozo antropológico de la violencia en Montevideo*. Montevideo: Cebra comunicación.
- **Goffman E.** (2006). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Ed. Amorrortu editores.
- **Harvey, D.** (1977) *Urbanismo y desigualdad social*. Siglo XXI, México. *Capítulo IV: Las teorías revolucionaria y contrarrevolucionaria en geografía y el problema de la formación de guetos*.
- **INE** (2004) *Áreas aproximadas a barrios*. Recuperado de: http://ine.gub.uy/c/document_library/get_file?uuid=fb4a2e56-6b1c-49db-9ca2-d99f7923859f&groupId=10181
- **Le Blanc G.** (2007) *Vidas ordinarias, vidas precarias: sobre la exclusión social buenos*. Buenos Aires: Ed. Nueva Visión.

- **Lynch, K.** (2008). *La imagen urbana*, **Barcelona**: Ed. Gustavo Gili.
- **MASSEY, D. S. y DENTON, N. A.** *The Dimensions of Residential Segregation. Social Forces*, 1988, vol. 67, n°2, pp. 281-315.
- **MIDES** (2015) *Caracterización socioeconómica de Montevideo – Pajas Blancas – Casabó*. Observatorio Social de Programas e Indicadores, Dirección Nacional de Evaluación y Monitoreo
- **MIDES** (2015) *Caracterización socioeconómica de Montevideo – Pajas Blancas*. Observatorio Social de Programas e Indicadores, Dirección Nacional de Evaluación y Monitoreo
- **Rivoira, C.** (2014) *Balneario. Apuntes sobre Pajas Blancas*. Montevideo: S.N.
- **Rivoir, A. y Veiga, D.** (2001) *Desigualdades Sociales y Segregación en Montevideo*. Montevideo: Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales Universidad de la Republica
- **Rivoir, A. y Veiga, D.** (2008) *Fragmentación Socioeconómica Y Segregación Urbana En Montevideo*. Revista de Ciencias Sociales, Ciudad y Territorio: Estudios Territoriales XL TERCERA ÉPOCA (158), 661-679.
- **Rodríguez, J. y Arriagada, C.** (2004) *Segregación residencial en la ciudad latinoamericana*.
- **Rubio, M.** (2014) *Formas de la participación ciudadana para la prevención del delito: un estudio de caso de las Mesas Locales de Convivencia y Seguridad Ciudadana*. Colibrí, UDELAR
- **Sabatini, F., Cáceres, G., Cerda, J.** (2001) *Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: tendencias de las tres últimas décadas y posibles cursos de acción*. Revista Eure (Vol. XXVIII, No 82), pp. 21-42, Santiago de Chile, diciembre 2001.:
- **Sampson, R.** (2004). *Vecindario y comunidad: eficacia colectiva y seguridad ciudadana*. Robert Sampson, New Economy, Serie Claves del Gobierno Local, pp. 106-113.
- **Sampson, R. y Raudenbush, S.** (1999). *Systematic social observation of public spaces: A new look at disorder in urban neighborhoods*. American Journal of Sociology 105, no. 3: 603-651.
- **Sburlati, V.** (2015). *Barrio: ¿Espacio de Construcción o Cuna de Fragmentación?* XIV Jornadas de Investigación: Uruguay a tres décadas de la restauración democrática.
- **TECHO** (2017). *Informe Relevamiento de Información -Asentamiento Los Pescadores-*
- **Valles, M.S.** (1999). *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Editorial Síntesis S.A. Revista Eure vol. XXX, N°89), pp.5-24, Santiago de Chile, mayo 2004
- **Wirth, L.** (2005) *El urbanismo como modo de vida*. En bifurcaciones [online]. No. 2. Disponible en <[www. Bifurcaciones.cl/002/reserva.htm](http://www.Bifurcaciones.cl/002/reserva.htm)>.